

Notas bibliográficas

RAYMOND MACCURDY: *The Spanish Dialect in St. Bernard Parish, Louisiana*, Publ. de la University of New Mexico, Albuquerque, 1950. 88 págs. en 4.º.

Millares Torres, en su *Historia general de las Islas Canarias*, dice que «por 1778 salen de las Canarias varias expediciones con el objeto de poblar la Luisiana, recientemente cedida a España, en cuyas lejanas costas fueron a establecerse más de 4.000 canarios, llevando allí sus usos y costumbres»¹. Ante esta noticia, se piensa de pronto que debe de estar algo exagerada la cifra de aquellos emigrantes. Un primer intento de comprobación fracasa: la obra de Vicente Rodríguez Casado, *Primeros años de dominación española en la Luisiana*² sólo llega hasta el fin del gobierno de O'Reilly (1770). Mayor provecho e interés para la comprobación ofrecen los *Documentos históricos de La Florida y la Luisiana. Siglos XVI al XVIII*, publicados por la Biblioteca de los Americanistas³. A uno de ellos, *Relación de la campaña que hizo don Bernardo de Gálvez, contra los ingleses, en la Luisiana. Septiembre del año 1779*, pertenecen estas líneas:

«...llamó a junta a todos los gefes y capitanes de su guarnición, y haviéndoles presentado los planos de esta provincia, con las más exactas noticias de las fuerzas que los ingleses tenían en el río, que pasavan de 800 hombres de tropa veterana, y con el conocimiento de las que ocupavan por nosotros llegavan a 500; los 330 reclutas acavados de llegar de Canarias y de Méjico, se resolvió que, si no venía algún refuerzo de la Havana, hera menester fortificarse en la villa...» (pág. 344).

En otro de los documentos, *Reflexiones políticas sobre el estado actual de la provincia de la Luisiana*, por Martín Navarro, 1782, se dice lo siguiente:

1 Cfr. la edic. de Las Palmas, 1894, tomo VI, págs. 220-221.

2 Madrid, 1942.

3 Madrid, 1913.

«Con ciento y veinte pesos se puede establecer una familia pobre, comprendido el gasto de dos años de víveres, y no consumirá el Rey las sumas inmensas que está costeano a las actuales que han venido de las islas Canarias y Málaga.

»Una contrata de mil familias alemanas, casadas y de buena robustez, a cualquiera costo serían baratas; no faltarían contratistas que por la vía de Olanda las fasilitasen de aquellos países inmediatos..., permitiendo por exemplo, un número de navíos, a tantos hombres por tonelada, conforme a las convenciones más adaptables, sin nezesidad de despojar las Canarias, útiles a otros fines» (pág. 369).

Como no se trata de comprobar el número exacto de los canarios que en el último tercio del XVIII emigraron a la Luisiana, resultan suficientes los datos que estos dos documentos nos proporcionan. De ellos se deduce que la emigración fué importante, y con esto basta. Las noticias de Millares deben de ser bastante exactas.

De lo que ni Millares ni ningún otro autor canario nos dice nada es de la suerte que corrieron aquellos emigrantes, de su suerte o de sus desventuras en América, de la labor que allá realizaron, de la perduración de sus influencias. Es ahora Raymond R. MacCurdy quien nos viene a ilustrar, en la obra objeto de este comentario, sobre la extraordinaria supervivencia de los elementos culturales —lengua, cantos, costumbres...— llevados a la Luisiana por los canarios.

Con datos tomados de la *History of Luisiana* de Charles Gayarré, nos declara que precisamente con la llegada de numerosas familias transportadas desde Canarias a expensas del rey, la Luisiana, que hasta entonces había arrastrado una vida lánguida, empezó, hacia 1778, a lograr alguna actividad y desarrollo. Algunos de aquellos colonos se establecieron en la *Terre aux Boeufs*, una porción de tierra hoy incluída en la parroquia de St. Bernard, cuyo dialecto ha servido de tema para las tesis doctoral del profesor MacCurdy.

La pequeña colonia se vió desde el primer momento sometida a poderosas influencias extrañas. Allí se había encontrado con bastantes plantaciones francesas de la época anterior a la cesión de la Luisiana a España. La población francesa aumentó después continuamente con refugiados de Acadia que buscaron hogar y seguridad en la parroquia. En el aspecto religioso, dependía, además, del clero francés de New Orleans.

Esta primitiva influencia francesa fué sustituída después, al pasar la Luisiana a los Estados Unidos, por la influencia norteamericana. La nueva influencia, si primero fué suave, ha sido luego muy absorbente. Hoy, en las escuelas, está prohibido hablar el español.

A pesar de esta doble presión, presión de dos culturas superiores, no de indígenas de rudimentaria cultura y de los dos siglos que casi han transcurrido desde entonces, el fondo cultural de la colonia sigue siendo español. Española es en todos los aspectos la base del dialecto de St. Bernard⁴; española es su literatura tradicional⁵ y, para que nada se pierda, todavía está vivo el origen de los primitivos colonos en el nombre que aun se sigue aplicando a sus descendientes: *isleños*.

Las causas de este extraordinario supervivencia han sido, por una parte, el aislamiento en que han vivido las comunidades isleñas de St. Bernard, y, por otra parte, las especiales ocupaciones de sus habitantes. Con excepción de los tenderos y pequeños mercaderes, la población se dedica a colocar redes y trampas para coger animales aprovechables, por su rica piel, durante la estación que se extiende desde el 30 de noviembre hasta el 1.º de febrero. Durante este período, hasta la asistencia a la escuela se interrumpe. Los *trappers*, que es el nombre que se da en Norteamérica a este tipo de cazadores, se marchan con sus familiares a sus puestos en los pantanos, donde viven en barcos cabañas, lejos de toda clase de americanismos. Al final de esta estación, los isleños se dedican a la pesca de moluscos, a cultivar ostras y a reparar sus redes y barcos para la estación de pesca del camarón, que se extiende desde el 16 de abril al 9 de junio y desde el 11 de agosto hasta octubre. La caza de animales de rica piel y la pesca del camarón son las ocupaciones más lucrativas de los isleños. Tanto una como otra ofrecen frecuentes ocasiones de regocijo y camaradería. Por lo común, un cocinero especial prepara la comida de la noche, que es compartida por diez o doce pescadores. Después de la cena, sigue una larga

4 «...the foundation of the Louisiana dialect in all its aspects —lexical, phonological and morphological— is Spanish» (pág. 4).

5 Todos los aspectos lingüísticos del estudio de MacCurdy están basados en textos folklóricos, espontáneamente relatados por informantes nativos; luego han sido verificados aisladamente. Algunos de estos textos ya han sido publicados por su colector: *Spanish Riddles from St. Bernard Parish, Louisiana*, en «Southern Folklore Quarterly», vol. XII, núm. 2, June, 1948; *Spanish Folklore from St. Bernard Parish, Louisiana: Part I. Background; Part II. Jokes and Anecdotes of Quevedo*, «Ibidem», XIII (1949). El primero de estos dos trabajos, que es el que conozco, recoge adivinanzas tan españolas y tan populares en Canarias, como éstas:

Peluda por fuera,
peluda por dentro,
alza la pata
y métela dentro.

Una casita muy encaladita
sin puertas, sin ventanitas.

sesión de bromas, cantos y juegos. Estos regocijos, repetidos noche tras noche, han contribuido en gran medida a preservar y conservar la vigorosa cultura tradicional española.

A causa de esta vida aislada y especial, los isleños no tienen todavía un gobierno municipal serio. Y, hasta hace poco, los matrimonios se celebraban en el círculo cerrado de la comunidad.

A pesar de todas estas especiales circunstancias, la cultura española de St. Bernard no ha podido librarse de ajenas influencias, y hoy presenta ya todos los rasgos de la cultura de las zonas fronterizas; en lo que se refiere a la lengua, concretamente, se advierte una gran heterogeneidad de tendencias fonéticas, morfológicas y lexicológicas; formas vacilantes y de compromiso; hasta tendencias de dialectos diferentes en una misma palabra.

En general, el dialecto de St. Bernard revela, fonética y morfológicamente, una gran afinidad con el habla popular de Andalucía y las Antillas, y en particular con Santo Domingo. MacCurdy explica estas semejanzas por ser la pronunciación de Canarias más parecida a la de Andalucía que a la de ninguna otra región española y haber habido íntimos contactos entre la Luisiana y Santo Domingo. En este último aspecto recuerda que en 1794 un gran número de españoles de Santo Domingo, plantadores de azúcar, se establecieron en la Luisiana, y supone que algunos de los isleños debieron de haber trabajado con ellos. No señala, sin embargo, MacCurdy, ni tampoco Henríquez Ureña en su estudio sobre *El español en Santo Domingo* (B. Aires, 1940), la posible influencia canaria en el español dominicano. No conocen, o no valoran, la importancia de la emigración isleña a la Española, de ninguna manera despreciable. Sin contar inmigraciones anteriores, sólo entre los años 1720 y 1764 llegaron a Santo Domingo justamente cuarenta barcos con un total de 483 familias canarias, todas de cinco individuos, salvo 20 familias que pasaron de dicho número. Con canarios se poblaron Monte Christi, Puerto Plata y Samaná. Y con canarios se había fundado, a fines del siglo XVII, junto a la capital, la población de San Carlos, que en el siglo XVIII tenía ya 2.500 vecinos⁶. Hay fundamento sobrado para suponer una influencia del habla canaria en la dominicana y para que ella justifique en cierta medida la afinidad que MacCurdy observa entre el dialecto de los isleños de St. Bernard y el dominicano. Aparte de estas influencias, el habla de Canarias y la de Santo Domingo presentan muchas semejanzas; no en vano el archipiélago canario y la Española fueron conquistados en la misma época y colonizados con población de análoga procedencia.

6 Cfr. ANTONIO SÁNCHEZ VALVERDE, *Idea del valor de la isla Española*, edición anotada, Ciudad Trujillo, 1947, págs. 132 y 138-139.

Los rasgos fonéticos del dialecto de St. Bernard coinciden, en general, con los del habla rústica de Canarias, si bien, en su mayoría, son comunes al español vulgar. Estas coincidencias pueden resumirse de la manera siguiente:

Las *vocales acentuadas* se conservan firmes, menos en algunos arcaísmos corrientes en español rural: *truje, mesmo, semos*.

En las *vocales inacentuadas* se dan los siguientes fenómenos: *a > e* (*estilla, legarto*, que en Canarias, cerrándose más, llega a *ligarto*); *e > i* por asimilación (*dicir, pidir, vistido*); *e > i* por influencia de yod (*lición*); pérdida de la *e* inicial en varias formas del verbo *estar* (*ta, tan, etc.*); *o > a* (*atorgar*); *o > u* por asimilación (*custurera*); y en varias formas de verbos (*uyir, rumpió, durmir, fundiar*); *u > o* (*colata, fosilar*).

En los *diptongos*: *au > a* (*anque*); *eu > o* (*romatismo*); *ie > e* (*pacencia, concencia*); *ue > o* (*pos*); *uo > o* (*individuo*).

En las *vocales en hiato*: diptongación de *ái, áe > ái* (*cai, trai*); *eó > ió* (*pión, pior*); *eí > i* (*rír, frír*); *oa > ua* (*tualla*); *oí > uí*, que se convierte en *uyí* en el infinitivo y en otras formas del verbo *oír*; *ía* se conserva, pero a veces se convierte en *ia* (*habia*); *ío* se conserva, pero frecuentemente se intercala una *y* entre las vocales (*friyo*); *uí* sufre siempre la misma inserción (*juvir*).

La *nasalización* ocurre en el caso de vocales entre dos consonantes nasales (*mãncha*).

En las *consonantes labiales y labiodentales*: *b* y *v* iniciales delante de *ue* cambian en *g* (*güeno, güelto*); lo mismo ante *o* o *u* (*golver, gomitar, tigurón*); la *b* se pierde en el grupo *bs* (*oscuro, oserver*), el grupo *mb* se reduce a *m* (*tamién, comenencia, lamber*, sin embargo, es frecuente. La *p* no presenta irregularidades, salvo en la forma híbrida *festillo* (*pestillo*), en St. Bernard, por cruce con el port. *fechillo*, bastante corriente tanto en St. Bernard como en Canarias; en relación con la *h* derivada de *f* latina, sorprende que en muchas palabras haya llegado a tener en St. Bernard la pronunciación de *jota*, y no se haya conservado aspirada como en el habla popular canaria; la *f* original latina se conserva en algunas voces (*fierro* en St. Bernard, *foguera* en Canarias).

En las *dentales e interdental*es: la *d* en posición inicial absoluta se pierde en *decir > icir*; el arcaísmo *onde* (> lat. *unde*) persiste; en posición intervocálica se pierde no sólo en los finales *-ado, -ido*, sino en otros casos *médico > méico, alrededor > alrededor y alreor*); en posición final se pierde; la *c* es pronunciada como *s* y la *z* no existe.

En las *alveolares*: la *s* tiene articulación dorsoalveolar; en posición intervocálica se aspira: *nosotros > nohotros*; en final de sílaba generalmente se aspira (*pehcueso, ehpina, máh grande, doh barriles*); delante de *-g-* las dos consonantes se funden en un sonido aspirado (*los guantes > lo huantes*); la *l* se cambia en *r* en algunas palabras (*ar-*

quiler); en final de sílaba la *l* puede vocalizarse en *i*: *ei marinero* (en Canarias parece circunscrito este fenómeno al habla de alguna gente de mar); la *-r-* intervocálica puede perderse (*mira* > *mía*, que en Canarias suele ir acompañado de cambio de acento: *miá*), en final de sílaba la *r* se aspira con frecuencia (*carne* > *cahne*; en Canarias no se da en todas las islas); lo mismo que la *l*, la *r* puede vocalizarse en *i* (*el cuerpo* > *ei cueipo*); la *-r* en final de palabra se aspira con frecuencia (*mejor* > *mejoh*, *dormir* > *dormih*); la *n* en final de sílaba seguida de *s* (o *c* pronunciada como *s*) se debilita y hasta desaparece (*entonces* > *entocce*); este fenómeno es aún más frecuente cuando la *n* va seguida de *-j-* (*naranja* > *naraja*, *berenjena* > *berejena*); la forma *enciña* (del port. *encinha*), según MacCurdy, debió de llegar a St. Bernard a través de Canarias, y es probable, aunque no la he oído en las Islas.

En las *palatales*: el cambio *-ll-* > *-j-* se da también en Canarias, pero no es general.

En las *velares*: la *jota* intervocálica se debilita y se reduce a simple aspiración (*trabajo* > *trabaho*, *viejo* > *vieho*); la *-g-* inicial de palabra o sílaba seguida de *o* o *u* pasa con frecuencia a *b* (*gusano* > *busano*, *aguja* > *abuja*); el grupo *gn*, como es corriente en el habla popular, se reduce a *n* (*magnífico* > *manífico*).

En los *cambios especiales* se dan las siguientes coincidencias: *prótesis* de vocales, especialmente en formas arcaicas que persisten (*abajar*, *ajuntar*), *prótesis* de consonantes por aglutinación del artículo (*leje* < *el eje*); y de grupos (*entodavía*, *emprestar*, *estijera*); *epéntesis* en formas verbales analógicas como *haiga* (*ñaya*), *juigo* (*huyo*), *vaiga* (*vaya*), y en otras palabras como *caiba* (*caía*), *alantre* (*adelante*), *proba* (*proa*); *epítesis* de vocales como en *azúcar* (*azúcar*) y de consonante como en las formas verbales analógicas *ganastes*, *vistes*, *fuistes*, en el doble plural de *pieses*, *cafeses* y en las formas populares *ansina* y *asina* (*así*); *aféresis* como en *bujero* (*agujero*), *cedía* (*acedia*), *garrar* (*agarrar*), *icir* (*decir*), *espabilar* (*despabilar*), *suciar* (*ensuciar*), *samarrar* (*desamarrar*); *síncopa* como *exprimentar* (*experimentar*), *tamién* (*también*), *faldiguera* (*faldriquera*); *apócope* como en *sarampio* (*sarampión*); *metátesis* como *naide* (*nadie*); *niervo* (*nervio*), y otras muchas corrientes en el español vulgar.

En la *morfología* hay fenómenos bastante generales como cambios de género (*la costumbre* > *el costumbre*, *la sartén* > *el sartén*) y los plurales dobles ya indicados (*pieses*, *sofaces*). En los pronombres hay coincidencia en el uso de *ustedes* en lugar de *vos* y *vosotros*; en el empleo de *lo* y *la* como acusativos y de *le* como dativo; en el empleo del interrogativo *cuálo* y *cuála*; en el escaso uso del indefinido *ambos* que se sustituye por *los dos*; en la sustitución del reflexivo *sí*, que no se usa, por *él* «las llevó con él». En los verbos se dan los siguientes fenómenos coincidentes: la sustitución de la

segunda persona del plural por la tercera con *ustedes*; la diptongación de la *e* radical de *aprender* y *comprender* en el presente de indicativo y de subjuntivo (*apriendo* y *aprienda*); la persistencia del final *ía* por *eía* en el imperfecto de indicativo como en *vía* (*veía*), *cría* (*creía*), en el que, a veces, surge una *b* apentética como en *caiba* (*caía*); la vacilación del imperfecto de indicativo de *dir* (*ir*) entre *día*, *días*, etc. y *diba*, *dibas*, etc.; la persistencia de las formas arcaicas *trujo*, *trujiera*; el empleo de la tercera persona del singular del presente de indicativo en lugar del imperativo: *pone* (*pon*) *sale*, (*sal*).

Me he detenido tanto en resumir las coincidencias que he hallado entre la fonética de los actuales isleños de St. Bernard y los de Canarias, porque creo que con ello facilito materiales a los estudios de estas islas, que tal vez tropiecen con algunas dificultades para conseguir la publicación del Dr. MacCurdy. Además, este resumen, por ser bastante detallado, representa indudablemente una aportación de elementos para el estudio sistemático de la fonética canaria, tan deseado por todos.

En el *vocabulario*, por limitaciones de espacio, reduce su estudio el autor a las palabras no corrientes en el español: arcaísmos españoles y variantes fonéticas; términos franceses hispanizados y franceses de Luisiana; palabras francesas y francesas de Luisiana, usadas en el habla cotidiana, que conservan su pronunciación original; dialectalismos canarios; portuguesismos; voces hispano-americanas; términos ingleses hispanizados, y palabras de origen oscuro y desconocido.

El rasgo más notable es el gran número de voces francesas y francesas de Luisiana que se han adoptado en forma hispanizada, literalmente trasladadas al español o conservadas con pronunciación francesa. Este importante grupo de voces está integrado por nombre de instrumentos desconocidos por los primeros colonos, toponimias, nombres de animales, de plantas y de telas.

Otro rasgo distintivo del *vocabulario* es el notable número de portuguesismos que se usan corrientemente. Este rasgo no debe sorprender, sin embargo, según opina el mismo autor, porque en Canarias, de donde procedían los primeros colonos, abundan las voces portuguesas. Registra las ya señaladas en Canarias: *caquero*, *cambado*, *cambar*, *emborrallado*, *escanillo*, *escarranchado*, *fechadura*, *fechillo*, *ferruje*, *fondaje*, *jaito* (*jeito*), *liña*, *morianga*, *pilla*, *quejo*, *rente*, *safado*.

En lugar de *caquero*, rehistra *caguero*. Debe de ser error producido por la edición que la Real Academia Española hizo de la *Colección de voces y frases provinciales de Canarias*, en la que, por confusión de la *-q-* por *-g-*, figuran también *caguero*. En Canarias la forma corriente es *caquero*, del port. *caqueiro*, y este de *caco* y

el suf. *-eiro* (NASCENTES). A *encetar* lo da como portuguesismo, pero como es también voz española, lo más que se podrá decir es que llegó a St. Bernard, vía Canarias, de la doble procedencia hispana y lusa. Lo mismo cabe decir de *escachar*. Otras observaciones podían hacerse, si esta nota no hubiera adquirido ya tanta extensión.

Por último, como es natural, los regionalismos canarios también abundan. Entresacando sólo los más significativos, pueden anotarse los siguientes: *bandola* «vuelta o doblez de un vestido», *esmayar* y *esmayo* (Can. *desmayar* y *desmayo*) «bostezar» y «bostezo», *garrar*, «agarrar», *gofio*, *guantazo*, *guirre*, *puntilla* «cortaplumas», *nisperero*, *nombrete* «apodo», *sarampio*, *tacho* «chato», *testimonio* «falso testimonio», *tregunada* (Can. *tribunada*) «tronada» (que también parece portuguesismo, de *trovada*).

No faltan las voces cuya área se encuentra reducida a Canarias y América: *morrocoyo*, *machango*, *embullado*, etc.

Por todo este rico contenido, examinado con un criterio estrictamente científico, el estudio del Dr. MacCurdy resulta de muy subido interés. Este interés general, para Canarias se acrecienta y duplica.

A la vista de este caso extraordinario de supervivencia de la cultura isleña en un medio cercado por culturas completamente extrañas, más desarrolladas en muchos aspectos, debe pensarse en las influencias más amplias, y más normales, de los canarios en Hispano-América. La Facultad de Filosofía y Letras de Laguna o el Instituto de Estudios Canarios debieran tomar sobre sí la misión de ir reuniendo materiales para hacer algún día la determinación y el estudio de la enorme labor que, en todos los aspectos, han realizado los isleños en América. Ahora que el estudio de la historia interna de las Islas parece que va llegando a determinarse con bastante precisión y claridad, bueno es que se vaya pensando en fijar esta historia de la expansión canaria que, si no es más interesante que la otra, no lo es menos.

J. PÉREZ VIDAL

Planas de Poesía, Las Palmas de Gran Canaria, núms. I (1.º julio 1949) a X (4 noviembre 1950).

Desde que aquel culto escritor e intrépido librero Juan Manuel Trujillo residió en Gran Canaria para enseñarnos lo que era editar con sobriedad y buen gusto, han venido apareciendo ininterrumpidamente casi tantas colecciones poéticas como poetas son: «Colección para 30 bibliófilos», «Cuaderno de Poesía y Crítica», «Los Dioscuros», «El Arca», «Planas de Poesía»... Esta última serie literaria, fertilísima en números, es el tema de la presente nota.

Dirigen las ediciones los hermanos Agustín, José María y Manuel Millares, con pulcritud tipográfica y buen criterio selectivo. La exhumación de valiosos originales inéditos de García Lorca y Alonso Quesada bastaría para justificar sus esfuerzos.

Hasta el presente, diez son las entregas de «Planas». De ellas, un sabroso cuento de Jorge Campos, ilustrado por el pintor impresionista Eduardo Vicente, es la única obra no insular, a que nos contentamos con aludir. Las demás, por numerosas y diversas, exigen un comentario particular, desglosado.

LIVERPOOL por JOSÉ MARÍA MILLARES

Un violento afán cosmopolita, muy isleño, canta desordenadamente confusos males de la civilización. Neruda está presente en su procedimiento de audaces asociaciones, invocaciones urgentes a cosas muy diversas, congregadas para un fin único. Sapos de azufre, pezuñas de lagarto, aletas de pez, estopa, alquitrán... Una multitud de sustantivos traídos a colación enumerativamente componen un solo poema, por el milagro sintáctico de conjunciones hábilmente encadenadas. Se utiliza el mal llamado verso libre: prosa con abundantes sangrías, que desdeña la rima, el metro, la acentuación y el ritmo. Si no la forma, su esencia, esa patética esencia invocativa, le presta calidad de poema. Ráfagas retóricas describen un oscuro mundo mecanizado, en un impresionismo libre de la razón, indirigido, dentro de un tono intencionadamente trascendental. Walt Whitman grita, a veces, desde *Liverpool*, increpando al lector, como en arenga moralizante. Y, en ocasiones, aciertos poéticos nos subyugan. *Hong-Kong* es acaso el poema más logrado, porque el caudaloso verbo del poeta consigue canalizarse desde la segunda mitad y adquirir algo más que brillantez descriptiva: intención y sentimiento.

*Ya no podrán
contra el dulce cielo amarillo
de sus maduras pieles de manzana,
ni contra sus apretados ojos de arroz purísimo,
ni contra todo lo que nace de raíz como las alas,
como la sangre,
como la vida.*

El resto del opúsculo, en ese tono cotidiano que el autor de *Residencia en la tierra* sabe dignificar, se pierde en una exuberancia de sinónimos, reiteraciones y lapsus gramaticales. Allí el alba se *agrupa* en sus ojos, la noche *convive* bajo el cielo, y alguien de cada rincón salta de una bodega a otra. Allí eruptos, ca-

fés, cines y malas digestiones alternan con las más elegidas sustancias líricas. Concomitancias sólo explicables en una poesía social que intenta llevarnos al bien y a la belleza por contraste, por reacción.

Manolo Millares ilustra los poemas con dibujos sintéticos, donde la ciudad se condensa en trazos sobrios y altamente plásticos.

DE LA VENTANA A LA CALLE por AGUSTÍN MILLARES SALL

En Agustín Millares se encamina y cierne la lírica impetuosa de su hermano José María. Seis poemas integran *De la ventana a la calle*. Seis poemas de diversa factura y época, que, sin embargo, se abanderan bajo una misma idea y forman unidad.

*Tira el viento de los árboles,
tira el río de los pies.
Viento y río sólo ven
lo que no pueden llevarse.*

Toda la canción española, hasta Machado y Miguel Hernández, suena en los oídos de Agustín Millares, que se dispone a ser, desde que escribe, un poeta popular. Millares ha descubierto la magia del dicho trivial, de la frase hecha, cuando va sabiamente enquistada en un concepto noble. Éste es el procedimiento capital de su poesía: casi su exclusivo procedimiento.

*Que venga ese día
descorchando puertas,*

nos dice en llamada a ese futuro en que el rigor de las ciudades no encadenará al hombre. Popularismo que en ocasiones se estanca, se queda lejos del fin poético, como en esta estrofa, donde, con un lenguaje de calle, nos quiere decir algo sin lograrlo:

*Por esto y lo demás que no se esconde,
por todo lo que espero y mucho más,
por esto y lo que apenas se conoce,
por esto y lo que aún no tiene nombre,
acudo a recibir la claridad...*

El presente librito no desmiente su cualidad de poeta social. Apenas el amor bipersonal tiene cabida, Millares lo hace rebosar hasta que inunde la colectividad en la que sufre. Millares tiene unas veces en la entraña, y otras sólo en el estro, una idea fila, noble, subyugante.

Permanencia del hombre y *El día más cerca* son los poemas que definen al más auténtico Millares.



Cinco composiciones de Felo Monzón acompañan dignamente este canto. Simbólicamente, Felo Monzón exalta la hermandad en la tierra y la paz, donde la paloma de Picasso y la grave fisonomía isleña se asocian por primera vez.

FEDERICO CHOPIN

Trece colaboradores, poetas y dibujantes, recuerdan al romántico de la sometida Polonia. Es el primer centenario de un representante de la libertad.

Se compone el folleto de un clásico y templado soneto de Juan Millares, un poema algo descoyuntado y arrítmico de Pino Ojeda, una elegía en alejandrinos de José Luis Junco, una oda en la prosa desorbitada e impulsiva de José María Millares. Millares sigue, a nuestro juicio, buscando campos extraños que no necesita verdaderamente su inspiración de buen poeta. Con su frente cortada bajo el brazo, mientras trota una rosa lanzando alaridos de armonía, las estremecidas suelas de sus zapatos aman a Federico Chopin. Sus expresiones se evaden de la metáfora trillada, harto tibia para su impetuosidad, y alcanzan otras comarcas poéticamente dudosas.

Cierra el opúsculo un poema de Agustín Millares, que no sana de su juanramoniano odio a la *g*. Su poema es sostenido y elegante, aunque un poco convencional por lo forzado del tema. Todo el cuaderno se resiente de esta servidumbre; pero canta a Chopin dignamente y cumple el fin propuesto.

Elvireta Escobio, Manuel Millares, Juan Ismael, Alberto Manrique, Vinicio Marcos y Felo Monzón ilustran deliciosamente el canto. Destaca, por inesperado y bello, el retrato idealizado de Chopin que traza Elvireta Escobio.

ELEGÍA EN BLOQUE. Homenaje a Cirilo Benítez

Poetas, eruditos y miembros extraliterarios se congregan a la muerte de un amigo común. Es el auténtico dolor de una pérdida, la resurrección de días olvidados, el reproche a la suerte, la tristeza ante un futuro del que no participará quien más se lo merecía.

Este cuaderno no contiene más ilustraciones que un dibujo rápido y circunstancial del propio Cirilo Benítez, y, en la portada, el retrato del mismo trazado tenuemente por Manuel Millares, sobre un fondo de urbe enmarañada, tema del que el pintor está haciendo *leit-motiv* de toda su obra.

RONDA DE LUCES por JOSÉ MARÍA MILLARES

José María Millares, cuatro meses antes, desbocado en el páramo del verso deshecho, sin los caireles de la preceptiva, quiere en este folleto uncirse a la más estricta ortodoxia. Nada menos que

cincuenta y tres octavas reales de aire gongorino. Mas la personalidad del poeta no es cosa mobiliaria. Aquí, la que fué retórica en libérrima lluvia tala ahora sus artículos, busca penosamente una vaga apariencia de sintaxis latina y se constriñe en un metro rigurosamente uniforme.

El folleto contiene dos producciones: *Ronda de luces* y *Peces*. En la primera se describe la lidia y se sigue al torero en un ardoroso idilio, expresado igualmente en términos taurinos. Las dificultades del poema son, por la ambición que lo guía, inmensurables. Por eso no es de extrañar que la voz decaiga hasta la arena, cuando había volado hacia los tendidos en airosa escala.

Así:

*En masa los aplausos se congregan
y al aire se desnudan los pañuelos
—inviernos que apresados se disgregan.*

Una hermosa metáfora queda más bien degradada en la formación de la rima, cuando esta rima no viene milagrosamente caída del cielo. Alguien ha señalado el aspecto profético de su uso. Cuando tal acorde verbal se produce, nos parece que se cumple, se lleva a buen fin la promesa o la profecía que se ha aventurado en el verso anterior. Pero esto sólo se realiza en la rima natural, espontánea. Cuando la consonancia está forzada, no es una profecía lo que se cumple, sino una maldición.

El poema *Peces* acentúa el hermetismo culterano hasta la embriaguez. Exclusivamente descriptiva, esta composición se oscurece en tintas de bajos fondos, hasta darnos apenas una imagen, una rápida visión, huidiza como un pez, de los escenarios submarinos. Estrofas hay bordadas en espuma, verdaderos bodegones poéticos a fuerza de color, felicísimas. Las más se pierden marchitas, como flores en estrecho embalaje.

Complementan esta poesía plástica los dibujos de Manolo Millares. A pincel fino, el pintor describe con imaginación los azares de la lidia, y finalmente concede a la tendencia abstracta en boga cierta libertad en la representación.

OFENSIVA DE PRIMAVERA por AGUSTÍN MILLARES

La monotonía de su primer poema se olvida en el severo y hondo que se titula *Noticia de mi abuelo*. La obrita pudo haber sido editada junto con el cuaderno anterior, sin solución de continuidad.

*Es el tiempo el que se fuga,
no los hombres,*

dice Agustín, persistiendo, inquebrantable, en una catatonía poética que le dura desde hace muchos años. Efectivamente, el antiguo

tema del venturoso futuro, su idéntico utillaje popularista puede apreciarse en esa entrega. Dijimos, comentando el librito anterior, que su técnica poética introduce el dicho popular en la expresión lírica, con efectos sorprendentes. Una ojeada sobre *Ofensiva de primavera*, y colegiremos un buen repertorio de frases hechas:

*a sus anchas,
abrir paso,
a la vista saltá,
vueltas de campanas,
durar lo que canta un gallo,
de pies a cabeza,
como el perro y el gato.*

El acierto en estos bruscos descensos a la tierra, en pleno vuelo lírico, no sobreviene siempre. Cada vez más frecuentemente, los contactos terrenales son tantos, que el poema jamás despega hacia lo alto, quedando en prosa popular y moralista. Claro que Agustín Millares no lo ignora. Su pasión ética pospone a veces la belleza, y a tal género de monotonía conviene lo que el prólogo de un libro mío expresa:

*...maldecid, estetas; desdeñad
esa monotonía pertinaz, esa terrible
pobreza de expresión, en el monocorde lenguaje
del náufrago que sólo conoce la palabra: socorro.*

Ofensiva de primavera intercala cinco dibujos alegóricos del pintor Alberto Manrique.

CRUCIFIXIÓN. Homenaje a García Lorca

Se produce este opúsculo merced a la retención casual de un poema inédito de García Lorca en la biblioteca de don Miguel Benítez Inglott. El mismo don Miguel nos lo explica en un ensayo inicial, donde se refiere al universo privado de todo poeta, no yuxtapuesto al real, sino confundido. Y, en forma anecdótica, estudia el uso especial que del lenguaje ha de hacer el poeta, la selección de los términos y el descubrimiento de la metáfora. Señala el prosista hasta qué grado sumo se elevan las virtudes creadoras del gran poeta granadino.

Las dos páginas que siguen presentan los versos inéditos de Lorca, bajo el título de *Crucifixión*. Fechados en 1929, pertenecen al período estético del *Poeta en Nueva York*, y a los mismos pueden ser referidos los análisis que sobre este aspecto lorquiano se han escrito.

José María Millares dedica a continuación unas garbosas y eufónicas seguidillas al malogrado andaluz, y, finalmente, su hermano Agustín cierra el folleto con unos elegíacos alejandrinos henchidos de vigor. Manuel —su otro hermano— lleva a la portada un excelente retrato del poeta.

SMOKING-ROOM y LLANURA por ALONSO QUESADA

Dos obras de Alonso Quesada. Dos dimensiones de su corazón solitario. El humor tenue y sin amargura de sus cuentos, y el estremecimiento ante la muerte y el misterio de un drama breve. Estas dos espléndidas ediciones completan la personalidad compleja de Rafael Romero. Su humor es del más límpido estilo, sin turbulencias sarcásticas ni resentimientos. Cuando el humor enseña los filos de la ironía, pierde dignidad humana. La ironía, esa agresión correctamente vestida, propia de un elegante pueblo como el francés, está cercana a la comedia. El humor, como superación del infortunio, es de superior rango, sólo dable en espíritus íntegros, donde el odio resbala sin huella.

El drama titulado *Llanura* se halla dentro de un teatro esencialmente contemporáneo, no popularista, aunque sus personajes pertenezcan al pueblo. El buen gusto literario lo aparta, en todo caso, del costumbrismo. Habla el pueblo, pero habla literariamente; la acción es interior y poética, alojada en un ambiente de tenso misterio y gravedad. Leyendo *Llanura* se recuerdan las tendencias de Priestley, Lenormand y Maeterlinck.

Revela un acierto de los directores de «Planas» la publicación de estos dos folletos, que Manuel Millares ilustra con su buen sentido habitual.

Pedro LEZCANO

PEDRO LEZCANO.—*Romance del tiempo*, Las Palmas de Gran Canaria, 1950. Dibujos del autor y una nota de VENTURA DORESTE.

Así como de la noción del movimiento, en la metafísica aristotélica y tomista —*numerus motus*—, nace el concepto del tiempo, de modo símil, de los octosílabos de este romance surge su imagen. Ardua empresa de Pedro Lezcano, pero resuelta con éxito. Esta poesía —la más honda de su autor— iníciase con una estrofa digna de un gran poeta de los siglos de oro:

*Hace veintinueve años
un carpintero en mi pecho
—martilla que te martilla—
está construyendo un féretro.*

El poeta, en soliloquio metafísico inmerso, urde sus estrofas, que a veces se desnudan, escuetas, trágicas, unamunescas.

Aúnase la copia de conceptos a la riqueza de imágenes. Plasticidad, difícil plasticidad de lo universal, del tiempo en todos sus trances, máxime en sus tres partes esenciales, hijas del movimiento.

Poesía profunda y original, ontológica, en nada semejable a la poesía efímera, frívola, que pasa como las rosas y que muere como los crepúsculos. El tiempo, serpentina de acero, mensaje de la muerte. Meditación lírica del tiempo, que el autor comienza por la filosofía del minuto. El romance es tan angustioso, que Lezcano se siente morir en él. La exactitud, casi matemática, de la gran metáfora —hallazgo de Lezcano— incorpórase, implacable:

*Tiempo, inmortal moribundo,
la vida es tu eterno duelo.
Leña humana en tu dolor.
Arde el universo entero,
en luz, en sangre, en canción.
El mundo es tu cirio ardiendo.*

El inmortal moribundo pasa ante el numen del poeta en todas las fases de su agonía. Y la imagen, síntesis esquilina, nos acucia, y cobra metálicos brillos:

*Todo es vida hasta la muerte,
que es filo de lo concreto.*

La categoría aristotélica, tortura especulativa de los filósofos, abarca, a lo largo del romance, todos los seres que integran el cosmos. El poeta interroga, enlutecido, lúgubre, agónico:

*¿No hay un rincón olvidado
en la memoria del tiempo?*

Lezcano prefiere la justeza de la idea y de la voz a la caricia musical. Lo que origina que algunos versos, por reiterarse —cinco o seis veces— la misma vocal, pierden la melodía que caracteriza a los restantes octosílabos que integran el maravilloso romance.

Con qué hondura metafísica, con qué exactitud analítica, con qué agonía asevera el poeta:

*Yo soy Pedro y ya no soy.
Ahora soy otra vez Pedro,
y ya no soy, porque soy
el Pedro del otro verso.*

Lezcano, ante el poder inmenso del tiempo, siempre presente, lo cree divino:

*Tiempo, tiempo, un Dios que muere
eternamente cayendo
desde la cima del cosmos
al hondo pie del misterio.*

Y, para saciar su hambre de aprehensión del concepto, no puede menos de ocurrir —en viaje de similitud, aunque con distancia infinita— a las procesiones en el seno de la Santísima Trinidad. La lírica y la metafísica acogidas a la teología. Las tres partes del tiempo causan, principalmente, esta jornada. Lo humano tornando— como es lógico— hacia lo divino. Vínculo irrompible. Retorno necesario.

Los aciertos del romance son innúmeros y revelan un gran poeta, que ahora se sumerge en meditación ontológica. La muerte, viscosa y dramática, introduce su sombra de esqueleto en los octosílabos, impera en el romance como pesadilla que obsede:

*Para el hilván de la muerte
la cana es hilo perfecto.
Surco de siembra es la arruga
y el tiempo es el cosechero.*

¡Cuánta belleza y cuánto acierto! El pensamiento de Lezcano es emperador del verso, que se rinde, esclavo, a la idea intensa que el poeta le infunde con el arte mágico de su numen.

Las metáforas se desbordan, casi se agotan en torno al concepto:

*El corazón y las sienes
son dos relojes latiendo.
Un[a] clepsidra es el mar,
un reloj de sol el cielo,
la playa un reloj de arena,
el hombre un reloj muriendo.*

Y amén de estas imágenes, otra: el sol, *péndulo inmóvil*. Análisis, observación, síntesis, de Lezcano, como en áureo periplo, como en un periplo clásico.

Lo implacable, lo inasible, lo huidizo, lo célere del tiempo, la agonía de la gran serpentina de acero asumen hondura filosófica con matices de ternura lírica:

*Mas volar sobre un instante,
saltar en vilo un momento,
ni las alas de la música,
ni el ave del mal agüero,
ni los éxtasis dulcísimos,
ni los puentes del recuerdo.*

El que perennemente muere sin acabarse de morir, galeote del romance, canta su poderío destructor por medio de enérgicas imágenes:

*Terrible huracán de garras.
Tú, constelación de insectos.
Tú, los limudores mares.
Tú, los erosivos vientos.
Tú, la lepra de la esfinge
y el telón del pensamiento.*

Y en la gravedad solemne del largo soliloquio metafísico irrumpen pompas de contrastes, de antinomias poéticas:

*Hay lágrimas en la risa
y vida en el heredero.
El negro carbón da luz,
y el resplandor deja ciego.
La rosa sobre el sepulcro
y en mi corazón mi féretro.*

Poesía de siglos ésta de Pedro Lezcano. Espicilegio lírico del tiempo. Agonía metafísica, poética. Vivencia trágica. Creación. El hombre solo, en soledad agobiadora, frente a su tiempo, ante su periplo, frente a meridianos que se le huyen, frente a su romance que se le muere en los labios para perpetuarse en el tiempo que no acaba, que no lo dejará desvanecerse, porque es su himno más augusto, porque es su concepto deprecante. Hueso del tiempo. Eje lírico, en torno del que, en concepto e imagen, gira lo humano. Romance anatómico, de epitafio. Metafísica —y perdonad mi paradoja— plástica de la voraz categoría. Fragancia perenne del tiempo. En síntesis, orbe poético.

S. PADRÓN ACOSTA

TRINO PERAZA DE AYALA.—*Por el mar...*, Madrid, Colección «La Nave», 335 págs. en 8.º. Retrato del autor.

En 1933 publicó el doctor don Trino Peraza de Ayala *Cien mil y una millas*, libro en que narra un viaje en trasatlántico desde el puerto de Santa Cruz de Tenerife hasta Las Antillas.

El que ahora ha dado a la estampa es asimismo un libro de viajes; pero de calidades superiores al de 1933. A través de sus páginas pasan Portugal, Inglaterra, Francia, Holanda, Norteamérica, etc.

El autor es un hombre goloso de horizontes, culturas, costumbres, climas, paisajes. Aficionado a viajar, como Gulliver, aunque sin naufragios en sus derroteros. El viajar constituye para él uno de sus exquisitos deleites, además de una liberación y una enseñanza. El viajar prepara su espíritu para las luchas de la tierra, por medio de una vida más humana. Y no actúa así por hurañía de Robinsón, ya que trátase de un hombre civil, que realiza en su medio sus instintos naturales de sociabilidad. El animal racional y político de Aristóteles.

«La navegación —afirma Peraza de Ayala en el prólogo de la obra que comentamos— posee un embrujo de espumas y lejanías, capaz de embellecer la breve escala del hombre en este planeta. El alejamiento de tierra muéstrale la inconcebible estupidez; las grotescas vanidades que ilusionan y esclavizan a cuantos en ella viven».

El libro es un conjunto de descripciones de ciudades, pueblos, monumentos, costumbres, paisajes. El espíritu de cada país.

La prosa de Peraza de Ayala tiene el prestigio de la fluencia y carece de la fatigosa lentitud que tanto anatematiza Azorín. Prosa ágil, dinámica. Rasgos sucintos y precisos; diálogo lleno de ingenio, de vida, de interés: espíritu, en síntesis, de escritor genuino: todo esto caracteriza la prosa vibrante del doctor Peraza de Ayala.

Encomiable es su ahinco en usar vocablos que los diccionarios dan por anticuados: *magüer*, *amiganza*, etc. Acaso por analogía con esta última voz, emplea *arribanza* por 'arribo, arribada, arribaje'. Mas este vocablo no lo registra el *Diccionario de la Real Academia* (17.^a edición); ni el de Alemany Bolufer (2.^a edición), calificado por Azorín de notable.

Advertimos trastrueque de casos en algunas de las frases latinas que se citan —*Homo hominis lupus*; *Primus inter paribus*—; y se aduce como bíblica una frase que no lo es —*El que a hierro mata...*—.

Pero no empece esto para que el libro sea interesante. Sobre el trazo geográfico, la exacta evocación histórica. Las descripciones de paisajes cobran, a veces, maestría suprema. Late en el libro un profundo y recio espíritu español, que ya se observaba en *Cien mil y una millas*.

A través de la obra, álzase, plasmada con magnificencia, la figura augusta de don Alvaro de Bazán, Marqués de Santa Cruz, por la que tanta admiración siente el autor del libro.

De mano maestra está trazada Celeste, principal figura femenina de *Por el mar...* Telmo Iriarte, personaje precipuo de la obra, es hilo conductor de las narraciones, en que Peraza de Ayala precisa su cultura histórica y geográfica.

Rasgos de humor, de ironía, de sátira matizan a ratos las páginas. A este propósito, observemos lo que escribe: «Un peñasquito como base de negociación y una presentable fila de acorazados como argumento diplomático proporcionan un imperio del modo más elegante».

Frente a Nueva York, define: «geometría cósmica del cemento y del ángulo recto».

Glorifica a los grandes descubridores de tierras, a los ilustres colonizadores; exalta las epopeyas navales españolas. Pinta el mar como la gran ruta de las civilizaciones, cuya esencial diversidad busca con denuedo. Su periplo es de divertimento cultural: paralelos y meridianos. Países y razas. Mares y crepúsculos. El hombre a través de la geografía y de la historia. Obra que instruye, solaza, divierte ésta del doctor Peraza de Ayala. No se trata de uno de tantos libros aburridos que viajeros más aburridos aún lanzan a las prensas. Es libro escrito por un hombre de cultura y selección. Por ello se lee gustosamente y se reitera su lectura.

Adviértense en él influencias de Pío Baroja, el gran novelista español de nuestro tiempo que, como el doctor Peraza, es médico y viajero infatigable. A fuer de buen canario, alude a nuestras islas en diversos pasajes de su obra. Muéstrase gran conocedor del mundo femenino. Con emocionada actitud detiéndose en la contemplación de cuanto conserva recuerdos gloriosos de España. La belleza de las descripciones geográficas e históricas engárgase en fábula novelesca. De aquí que *Por el mar...* sea a la vez que libro de viajes novela. Páginas vitales, rezumantes de contrastes y transiciones. Libro humano, hondamente humano. Este viajero del «Balkania» no es un viajero estupefacto, sino un viajero de mayor excepción. Sabe ver, observar, discernir, y dejarnos luego en páginas iluminadas sus inquisiciones y sus recuerdos. Y no todos los viajeros saben hacer esto. Existen quiénes no conservan de sus viajes más huellas que las que deja en el mar la estela del buque en que navegaron. Estamos ante un libro lleno de interés y divertimento, y ante un escritor excelente. Pero lo malo del libro es... que Telmo Iriarte es un hombre sensual.

S. PADRÓN ACOSTA

EMETERIO GUTIÉRREZ ALBELO.—*Los blancos pies en tierra*, Santa Cruz de Tenerife, 1951, 8.º, sin páginar y con un retrato del autor por JOSÉ V. DE BUERGO Y ORÁA.

Para enjuiciar una determinada labor poética, no podemos prescindir de ojear la producción en conjunto de un autor; pues, aunque no sea regla general de crítica literaria, muchas veces un libro nos

da la clave del siguiente, y con una visión de la obra total atisbamos características que nos permiten un mejor estudio y una exacta comprensión del mundo poético en que se ha desarrollado.

Pretendo con ello insinuar mi propósito de realizar —para más en adelante— el arduo trabajo a que hago referencia, globalizador de la obra del gran poeta insular E. Gutiérrez Albelo, cuya intensa inspiración lírica respiramos en su magnífico *Cristo de Tacoronte*, y se agiganta por las rutas de clasicismo de castiza escuela castellana en el nuevo libro de sonetos *Los blancos pies en tierra*, que ahora ocupa nuestros desvelos en esta casi notación improvisada.

Gutiérrez Albelo, poeta fino, intenso y profundo, tradicional y vario, es hoy, estrechamente vinculado a Tenerife, tierra que le vio nacer, el más alto exponente de la poesía canaria.

El *Cristo de Tacoronte* atesora poemas que encuentran parangón con Morales, aunque con distinta significación y acento. Y he aquí que, para mí, el estudio de Albelo ha de hacerse precisamente partiendo de ese momento esencial de su vida y de su obra que se trasluce en los acrisolados versos de *Cristo de Tacoronte*.

Gutiérrez Albelo es poeta desde la época de los ismos. Analizar el conjunto de su poética es tanto como recorrer las distintas direcciones que desde el modernismo han cruzado el campo de la poesía española. Y algunos, con el agonizante aparecer en que surgieron, así tienen expresión en el poeta. Estamos de acuerdo con Alexandre al considerar a Albelo, dentro de su variada temática y múltiples tendencias (alguna de las cuales sólo saluda), en una línea de perfecta continuidad a través de su obra, desde el claro neo-popularismo de *Campanario de la Primavera* hasta el neo-romanticismo con entronques ultraístas de *Romanticismo y Cuenta Nueva*; desde el aire surrealista de *Enigma del invitado* —su noche obscura del alma, como él mismo la llama— hasta ese momento decisiva, de motivos tradicionales con formas nuevas, de sorprendentes intuiciones, de versos rezumantes de hondo sentido religioso, en un alma que para consuelo de su extravío busca de nuevo a Dios en medio del paisaje. Ese momento, que nos hace pensar en los poetas de tema sacro o en los mejores instantes del escultural y neobarroco Valbuena —el Valbuena de *Dios sobre la muerte* (aunque los caminos sean distintos para un mismo fin)—, creemos que representa la plenitud de un poeta que se consagra reclamando para sí una gloria universal.

Bien es verdad que *Cristo de Tacoronte* es todavía un tributo a su tierra, al intenso paisaje de ese bello rincón tinerfeño; a pesar de todo, su matiz localista no le resta importancia y pone al poeta en disposición de elegir un camino. Y éste, afortunadamente, lo ha sabido captar. La nueva postura poética de Gutiérrez Albelo, representada por una colección de sonetos, *Los blancos pies en tierra*,

nos va a decir mucho en pro de su autor. Sobre este nuevo libro voy a explanar unas notas que de antemano creemos innecesarias, puesto que la lectura de esos mismos versos dirá mejor que nada lo que el poeta y su obra significan.

Hoy, cuando la poesía busca y ensaya nuevas formas, que tienden hacia la libertad expresiva, y superada en parte aquella tendencia de retorno a los clásicos que preconizaron poetas de raigambre y formación universitaria (Lorca, Alberti, Dámaso, Gerardo, etc.) hasta los movimientos más inquietantes de la actual creación poética, asombra ver una dirección de limpios perfiles clasicistas en demanda de nuevo de los reposados esquemas del siglo XVI. A ella se refiere el maestro Valbuena Prat en la última edición de su *Historia de la Literatura* (1950), cuando, comentando la producción poética a partir del año 1945, indica: *De nuevo hacia Garcilaso*.

Gutiérrez Albelo sentía acaso desde hace años una ansiedad que, poco a poco calmada, fué plasmándose en versos y más versos que formaron el rosario lírico de sonetos *Los blancos pies en tierra*. Encontrar filiación a esta nueva obra dentro de la poesía española actual es difícil, porque tanto el tema que canta —la novia Poesía—, completamente inédito, como el perfecto dominio de la forma y la admirable riqueza de imágenes nos muestran al autor paseando solo por sus propios jardines. Pensamos si acaso en aquellos *Cantos del ofrecimiento* de Panero, y en los sonetos de Ruidrejo, aunque distintos motivos mueven a unos y otros poetas.

Pero distingamos. Si Gutiérrez Albelo es verdad que a través de sus sonetos canta amorosamente —como hace Garcilaso—, pensemos de antemano que en éste lo explícito y determinado es característico, salvo la indeterminación de aquellos versos que Navarro Tomás supone a una desconocida dama napolitana; pero en Albelo sólo busquemos como débito a Garcilaso un fervor reverencial por la forma, la técnica renacentista de sus versos y la intensidad de sus mejores momentos de pasión y melancólica postura, puesto que la indeterminación, con ese fluir ascendente, hasta un motivo fundamental y absoluto del amor en abstracto, es la clara explicación de su ansiedad poética, encerrada con sumo cuidado en su equilibrada técnica constructiva.

Levendo una y otra vez, reparando en algunos sonetos, nos viene a la memoria aquel famoso cuadro de Pollainolo, *Metamorfosis de Apolo y Dafne*, de la Galería Nacional de Londres. Y este mito, que pudiera haber escogido el poeta como clave temática de su obra, resplandece, hábilmente llevado por su autor, con serena intención clásica, que a veces se quiebra en su doliente neo-barroquismo.

Varios momentos señala el libro que coinciden, a nuestro parecer, con otros diversos estados del autor.

La intención del poeta es clara y la manifiesta, entre otras ocasiones, en el soneto que sirve de prólogo:

Nada vengo a pedirte, ergida rosa,

pues precisamente más que nadie conoce su esencia para guardarla, únicamente, en el corazón:

*pues temo que en mis manos te deshojes
y en un rayo de sol te desvanezcas.*

Con ello podríamos pensar que el mito está iniciado y ahora en el poeta se traslucen, por efecto de un misterioso rayo, los distintos estados, para reposar al fin en el amor perfecto.

Dividamos la obra coincidiendo tal vez con el poeta: la primera parte la titularíamos «Búsqueda». Aquí, en tres magníficos sonetos, un fuerte aletear de su espíritu intenta «La búsqueda infinita» por los senderos del ayer dolorido:

*Mi existencia, un jardín abandonado;
un surtidor, el chorro de mi cuita;
y el corazón, un pájaro enredado
entre los dulces hilos de una cita.*

Todo ello no conduce sino a un mundo de esperanza, recóndito y apartado, de «Musa del Silencio», entre insinuaciones de formas acabadas en el poeta, que terminarán en un estado de desdén y angustia.

Esta postura inicial de trágica existencia, que encontramos también en Garcilaso y nos recuerda un poco a Unamuno, nos lleva de la mano a un mundo etéreo, insubstancial, inaccesible y que abre nuevas posibilidades a su lírica.

Aquí late el ansia de un viajero desesperado *sobre una roca herida*:

*No sé si un día, rotas las cadenas,
he de enhebrar los vientos de la rosa,
indemne, entre el latir de las sirenas.*

Un profundo sentido nos hace suponer un leve contacto con la Amada, pero sabe el poeta ser nada entonces, cuando su sueño puede ser realidad:

*Porque eres huidiza e inasible
y tu entrega total no llega nunca,
navegando en el mar de lo imposible.*

Pero el poeta la busca

*en un abismo,
en el único árbol de [sus] sueños,
y en el bosque absoluto de [si] mismo.*

El tema de la fuga y de la evanescencia, tan reiterado en la obra, alcanza su plenitud en el soneto que empieza *Tu peplo transparente es algo leve...* y que nosotros consideramos de una sutileza que cabe junto a los mejores aciertos de Garcilaso. El que se inicia *¿Y he de tener al fin que abandonarte?* encuentra en los restantes versos, después del tono interrogativo del primer cuarteto, la respuesta adecuada de un mundo que pretende y se esfuerza por mostrarnos el extraño contraste de su recurso literario: *Oh presencia y ausencia a un tiempo mismo.*

Hacia la Amada, con ciego destino e indeterminado caminar, parece marchar en la tercera parte el poeta, buscando su refugio en el silencio, en *un mar de átonas espumas*, y bogando con ansiedad parece llegar al puerto seguro. Y entonces, se pregunta, o nos preguntamos nosotros: *¿Qué es la Amada?*

Varios sonetos parecen traslucir la llegada de la felicidad:

*Con qué temor, con qué ansiedad de amante
vengo a pulsar tu lirico teclado.*

Antes había dicho:

*Déjame que te gufe, dulce barca,
entre el hondo rumor del oleaje.*

Pero la Amada es un sueño; es, según pensamos, un verso, en el delirio intenso del poeta:

Y en mis labios floreces, en un verso.

Pero él entra en el mundo sensible de la descripción, sin embargo, *Tu mano blanca, Tu boca, sembradora de ternura*, aunque la duda vuelve a arquear su interrogante en el final de esta parte: *¿Y tu forma?*

Nada hay de exceso y sí de justa medida en estos motivos en los que una mera intelección nos pone en contacto con un arte perfecto y acabado. El soneto que empieza

*Tus blancos pies, tus breves pies ligeros
en la tierra se posan y enseguida...*

de paralela estructura e intención al de Garcilaso, nos da su clave plástica —aun sin querer— en los momentos en que la metamorfosis se nos muestra con poder de extraordinaria representación visual:

*...a mis jugos recónditos inflamas;
y en mi pecho tus pies son dos raíces,
y tus brazos, dos ramas, en mi frente.*

Mas un tono de inquietud delirante por la transformación, constante e interrogativo, parece no dar respuesta a las ansias del poeta.

Gutiérrez Albelo ha sabido beber en el eterno cauce de la poesía clásica, en el Ovidio del *pes modo tam velox pigris radicibus haeret*. Pero ello cuando la escuela perfecta y equilibrada del XVI español había hecho suyas esas tendencias petrarquistas y neo-platónicas.

El poeta busca de nuevo a la Amada por el camino de la desventura, y todo le conduce a ella con un signo de fatalidad. Y ahora Garcilaso vuelve a afilar sus mejores perfiles:

*Este dulce dolor que me consume,
esta inquietud, este desasosiego...*

Y todo el soneto chorrea un nuevo agonizar, cuando ella es sólo eso, Musa:

*Y, oh incorpórea Musa, mi agonía
es un irme muriendo cada día
para nacer de nuevo en cada aurora.*

Lo que antecede marca un cambio en el proceso poético de la obra, que nos conduce por un nuevo doloroso camino hacia una nueva alta realidad. Las metamorfosis del soneto garcilasiano que da título a este poema y que el autor glosa tan sabiamente continúan no en un verde laurel olímpico, sino en un *árbol de angustia*, y entonces cobran existencia términos que dejan un sabor de incertidumbre y recuerdos amargos: *Hasta allí jué mi vida un vino triste*, etc., buscando, ¿a quién? El mismo nos lo dice: *Iba buscando a Dios sin yo saberlo*.

El resto del poema sigue mostrando un cambio profundo, no en la técnica, que pensamos está superada, sino en el motivo central del asunto, aunque la reiteración de circunstancias sea palpable. La visión bajo el propio signo del preagonizar —*qué árbol de angustia ante mis ojos era*— abre las esclusas del poeta, transido del dolor de la Humanidad agónica. Dafne, fugitiva, vuelve a ser; pero la alegría de una luz liberadora anuncia el feliz mensaje al hombre atormentado:

*Y en vez de lauros, llevo, sonriente,
mi corona de espinas en la frente,
y el corazón, en una cruz clavado.*

Y queda un pozo ahora de alta pasión —*Unas nupcias más altas hoy celebro*—, la celeste herida de un *dolor que ya no cabe en este mundo*, una vida traspasada por el rayo estelar: *que abre [su] pecho en íntima cascada*.

Con lo que antecede creemos, aunque someramente, analizados el intento y la obra del autor. Hemos preferido el rigorismo de un

ordenado análisis, siguiendo, paso a paso, las distintas etapas del libro. En realidad, era obligado, ya que la unidad del tema y el tono ascensional de su desenvolvimiento así lo requerían.

Nos restan sólo unas palabras: Gutiérrez Álbelo ha dado su último adiós a la poesía de tono localista o regional. Hoy, después de su *Cristo de Tacoronte*, que en su día arrancó de la crítica los mejores elogios, lanza al mundo literario un nuevo libro en el que, a los motivos de intensa emoción lírica, a la habilidad y destreza con que trata un tema que revive de nuevo en la literatura con luces inéditas, une el perfecto dominio de la estrofa, logrando limpios endecasílabos, con tal fuerza y vivacidad en su perfecta estructura, que le colocan a la cabeza de los modernos versificadores de la literatura nacional. Bien sabemos que lo demás ya lo hacía, y hoy hemos aprendido que, junto a la desvariada multitud de escuelas y tendencias, hay quien, mirando a nuestros motivos más castizos, nos presenta un fruto inigualado que no esperamos quede ahí, y de quien hablarán las futuras generaciones, porque la presente sólo será testigo de sus éxitos en el quehacer literario.

Murcia

Juan BARCELÓ JIMÉNEZ

Gran Canaria a mediados del siglo XIX según un manuscrito contemporáneo (con dibujos), 1851.—La capital y los pueblos, 1852.—Las fiestas de Puertos Francos, 1853.—El Carnaval.—Ediciones del Excentísimo Ayuntamiento de Las Palmas.—Volumen III.—Las Palmas, 1950.

Con la pulcritud a que nos tiene acostumbrados, el Ayuntamiento de Las Palmas ha editado, para conmemorar el 467 aniversario de la incorporación de la isla a la Corona de Castilla, un ms. anónimo, en que el autor copia la descripción hecha por Viera de los pueblos de Gran Canaria, poniéndola al día, y describe las fiestas a que se refiere el título, según los periódicos de la época. Precede a la edición una minuciosa nota indagatoria sobre el autor del cuaderno, debida a la vigorosa pluma de don Simón Benítez Padilla.

En la edición se reproducen, con exquisito gusto, los dibujos del autor del manuscrito, que representan la catedral, iglesias, conventos, el coliseo, el escudo de la ciudad y una alegoría a la división de la provincia, dentro de la unidad del Archipiélago, que reza: «Tenerife, Canaria, divididas pero unidas», y a los lados una bandera nacional y otra, cuyo significado no conocemos, pero que pudiera querer representar la de las Islas: roja, amarilla y azul, cruzada en asp en blanco.

Cierto número de ejemplares han sido coloreados, según el original, por el artista Santiago Santana.

El trabajo, si no como fuente para la historia local, ni preciso en los ingenuos dibujos, tiene un valor indudable, que han sabido captar sus editores. Es un librito amable y evocador, que ha de hacer despertar en los habitantes de la ciudad y de la isla el amor a su pasado, a los restos monumentales que recuerdan la creación de los pueblos y su desarrollo al pasar de los siglos, y ya es bastante con que cumpla esta misión. Como cuando nos hemos referido a las anteriores publicaciones del Ayuntamiento de Las Palmas, ahora, nuevamente, hemos de ponerlo como ejemplo digno de ser en esto imitado.

L. R. O.

SILVIO ZAVALA. — *Estudios indianos*. México, Ed. de El Colegio Nacional, 1948, 4.º.

Esta obra lleva ya fecha bastante atrasada y hasta hoy no había sido reseñada como merece en nuestras páginas, a las que, como veremos, afecta directamente. Por ésta y otras demoras análogas tenemos que excusarnos con nuestros lectores: agobios de trabajo del que suscribe le han impedido, de un tiempo a esta parte, mantenerse al día en su ordinaria labor de crítica y comentario de los libros de historia canaria, que afortunadamente siguen publicándose cada vez más a menudo y con más exigencia científica.

El magnífico libro del señor Zavala llegó a nuestras manos, generosamente ofrecido por el autor, en 1949, y su reseña no verá la luz sino en 1951, pues también nuestra publicación va de hecho retrasada. Bien es verdad que la obra que nos ocupa es una reedición de algunos interesantes trabajos del autor, aparecidos en publicaciones varias desde 1935 a 1944, salvo, al parecer, el último, *La libertad de movimientos de los indios de Nueva España*, que sería inédito hasta la impresión de este tomo. Como elemento de comparación con fenómenos sociales de estas Islas, interesa tanto ése como los demás estudios, todos muy sólidamente fundados, que integran el volumen: *Los trabajadores antillanos en el siglo XVI*, *De encomiendas y propiedad territorial en algunas regiones de la América española*, *Orígenes coloniales del peonaje en México*. Pero, ya no en forma indirecta, sino como estudio del pasado canario, aunque desde un ángulo comparativo con el hecho americano, tenemos que tratar del primero en fecha y orden de los trabajos constitutivos de esta colección: *Las conquistas de Canarias y América*.

Apareció primeramente en la malograda revista madrileña «Tierra Firme», en 1935 y 1936, y, si bien no a raíz de su publica-

ción —por obvias causas de fuerza mayor—, ya fué objeto de nuestro comentario en estas mismas páginas, en 1941 («Revista de Historia», VII, 1940-1941, págs. 134-137), y antes en «Revista Bimestre Cubana» (1936, I, págs. 451-455). Ello nos dispensa de consagrarle ahora un estudio proporcionado a su importancia, si bien no podemos excusarnos de volver sobre el tema, pues en la nueva edición se recogen en notas, precisamente nuestros comentarios de entonces y algunos otros datos y puntos de vista del autor, acopiados posteriormente.

Para memoria del lector, que pueda en parte evitarle tener que acudir a aquella reseña de hace diez años, diremos que el estudio que nos ocupa examina varios aspectos de las conquistas de las Islas Canarias y de las islas y continentes americanos por los españoles. Para Canarias distingue especialmente el momento de la conquista señorial de Béthencourt, y el de la conquista real de las islas mayores; para las Indias, los varios momentos de la evolución del concepto jurídico de aquella empresa, que llevó pronto, por lo menos en el terreno teórico, a la proscripción de la esclavitud de los indios. Resalta el carácter de cruzada que tuvieron en principio estas empresas de conquista, el derecho de cautiverio que de ello deriva, con el requisito previo, puramente ilusorio, del requerimiento a la sumisión para que la guerra subsiguiente fuese justa. La organización privada de las expediciones militares basadas en concesión real pactada que, si bien en principio con Béthencourt daban lugar al señorío, después redundan siempre políticamente a favor de la Corona; y, en fin, los repartimientos de la tierra conquistada y la participación que en ellos alcanzó a los indígenas. Como hemos dicho, Zavala reproduce nuestras observaciones de entonces y algunas otras, y a estas notas vamos a referirnos ahora especialmente.

Es acertada la observación del autor a las apreciaciones del P. Leturia en su nota 15: la doctrina de la Iglesia de rechazar la compulsión de los infieles para su incorporación a la fe debe entenderse, a la compulsión directa y personal a dicho fin, no a la guerra para destruir su resistencia colectiva y hacer posible su posterior conversión, la cual fué siempre admitida y no es otra cosa que la cruzada.

La nota 16 se refiere a los derechos de cercanía alegados por Castilla para hacer preferente su derecho a las Canarias. Creemos no es necesario añadir que los derechos góticos alegados por los testigos de la Información de Cabitos no pueden ser tomados en serio; derivan de Alonso de Cartagena en circunstancias parecidas, en su informe al embajador Álvarez de Paz (no a concilio alguno), cuyos argumentos, por lo visto, se habían divulgado. No sólo el dominio gótico de la Tingitana es legendario, y el derecho universal de

sucesión de Castilla discutible, sino que antes y después de estas alegaciones los reyes de Castilla no se ocuparon poco ni mucho de hacerlo valer en lugares mucho más obvios, como cuando las conquistas portuguesas de Ceuta (1415), Alcázar Seguer (1455), Arzila (1471) y, en fin, Tánger (1485), la misma Tingis, capital de la mentada Tingitana, todo en las tierras «que es notorio pertenecer su conquista a la Corona Real de Castilla». La «tierra de Careva» debe leerse «Carena», nombre con que suelen designarse los Montes Claros o Atlas en las cartas catalanas, tan divulgadas (*carena* 'cumbre', 'cordillera', así *la carena del Pireneu*). En fin, no es cierto que Alonso de Cartagena mencionase en su alegato la Mar Pequeña, que probablemente no era todavía lugar conocido en su tiempo, 1435; sólo se refirió a la Tingitana en general (Cf. Serra, *Los portugueses en Canarias*, págs. 24-25).

Sobre el alcance de la Real Cédula de 20 de enero de 1487, de incorporación de Gran Canaria a la Corona de Castilla, creemos que hay equívoco. No se trata de una especie de consagración jurídica de la conquista, sino simplemente de un compromiso real de mantener la isla bajo la dependencia directa de la Corona, como el que a menudo se contraía con otras villas realengas que en momento de apuro o debilidad habían sido enajenadas o se había intentado enajenar a favor de señoríos privados. Era ésta una cuestión viva en Canarias, donde acababa de ser fallado en sentido contrario el caso de Lanzarote, y los nuevos colonos de Gran Canaria pidieron a los Reyes una cédula que les garantizase contra tal eventualidad. Para La Palma y Tenerife, más clara ya la orientación de la política real, no hizo falta esta precaución.

Algo hay que decir también a propósito de la nota 22, referente a las modalidades del espíritu de cruzada en Canarias y América. Sobre las complicaciones de este espíritu en la propia Edad Media habría visto el señor Zavala nuevos ejemplos, si hubiese llegado a su conocimiento la documentación sobre los viajes mallorquines a nuestras Islas. Es lástima que no los haya conocido: fueron publicados en esta Revista, en su tomo VII, 19+1, págs. 195-209 y 281-287, esto es, poco después del comentario de su trabajo, y no nos explicamos cómo no llegaron a México, tanto más que Zavala conoce artículos de «Revista de Historia» anteriores y posteriores a esas fechas. Por lo demás, en el fondo de la cuestión tiene probablemente razón Zavala: si los capellanes de Béthencourt eran capaces de distinguir entre indígenas catecúmenos, mercedores de protección y a los que —aunque los llamen sarracenos— era traición cautivar, y los verdaderos enemigos del nombre cristiano, los rudos conquistadores castellanos de fines del siglo XV y del XVI no hacían diferencia entre el servicio de la fe y el de la honra y provecho. Tampoco la hacía Béthencourt, digan lo que digan sus su-

tiles cronistas; ni unos ni otros analizaban tanto, y sin duda es muy cierto que la necesidad de pagar los gastos privados de esas empresas comerciales de conquista obligaba tanto o más que la codicia a observar un criterio muy ancho en apreciar el cautiverio como de buena guerra. Había que pagar con los despojos de la conquista, según las mismas capitulaciones con los Reyes, y de ellos sólo las cabezas de ganado humano tenían buena remuneración.

En la pág. 34 se reproduce, de nuevo, entrecomillado el pasaje de Viera, II, lib. IX, cap. 22: «mandó publicar un bando [Alonso de Lugo, a raíz de su victoria] para que todos sus soldados trataran a los guanches como a conciudadanos y amigos que iban a habitar juntos en un mismo país y a formar un solo cuerpo de nación». Este bando y su contenido, incluso el lenguaje anacrónico con que se resume, salió totalmente de la imaginación de Viera; nada hallamos sobre él en los cronistas (entre los que no debe incluirse a nuestro gran historiador). Hoy sabemos bastante de las ideas y sentimientos de Alonso de Lugo, respecto a los guanches, para poder afirmar que ese bando no sólo carece de fundamentos históricos, sino que es del todo inverosímil. Algún requerimiento previo a la lucha, más bien con intención de ultimátum que de negociación, sí es probable que medió en estas conquistas, como luego en Indias.

En la nota 50 se refiere Zavala, con buena bibliografía, a las «entradas» canarias en África, que, como es común, hace remontar al mismo Juan de Béthencourt. Es cierto que así lo dice la versión del *Canarien* de Juan V, pero Buenaventura Bonnet ha demostrado bien que se trata sólo de un arreglo más del falsificador (*Juan de Béthencourt*. Inst. de Estudios Canarios, 1944, cap. IX). De todos modos, es cierto que estos asaltos remontaban al siglo XIV y se prosiguieron en los siguientes. En cuanto al interesante obispo saltador que se menciona en la nota 51, apud el testigo de Pérez de Cabito Antón Ferrández Guerra, calculamos que debe de ser Jean Le Verrier, para honra del clero castellano...

Hay que reconocer también la razón de Zavala cuando nos observa, en la nota 70, que el hecho de que los gomeros sublevados contra Fernand Peraza el Mozo fuesen ya antes cristianos, lejos de librarlos de pena de cautiverio, agravaba todavía su situación jurídica. Son, en efecto, «esclavos de segunda guerra», concepto jurídico que tomó forma precisa en la legislación indiana.

Acaso la única interpretación de fondo en que tenemos que mantener nuestra discrepancia es la referente a la organización de las «armadas». Sostenemos todavía, como hace quince años, que este método de conquista a base de empresas privadas no puede considerarse una persistencia medieval; antes al contrario, es típicamente moderno. Y es que no admitimos la identificación del servicio feudal de guerra con la capitulación con un jefe-empresario,

apoyado en una sociedad mercantil, sistema iniciado en Gran Canaria y plenamente aplicado en La Palma y Tenerife.

Y en cuanto a los repartimientos, es indudable que Zavala se deja arrastrar demasiado por el optimismo no ya de los cronistas sino de los panegiristas modernos sobre la amplia participación en ellos de la raza vencida. Aparte las tierras que recibiesen de Béthen-court algunos destacados lanzaroteños y majoreros, sólo los canarios conquistadores recibieron datas en Tenerife de su repartidor Alonso de Lugo, como moderada recompensa de sus servicios. Los guanches sometidos, que no pudieron ser ya conquistadores en Canarias, porque se habían acabado las islas por conquistar, sólo por excepción recibieron datas. Ahora bien, es bien cierto en cambio que los guanches horros, con data o sin ella, pronto fueron confundidos con los castellanos, en igual situación respectiva, cualquiera que fuesen los esfuerzos de los conquistadores y sus cabildos para obtener de la Corona leyes de excepción, tan insistentemente pedidas como continuamente negadas. Como nos dice Zavala, no tuvieron tanta fortuna los indios, a pesar de haberseles eximido de la esclavitud, con ventaja sobre nuestros canarios.

Este interesantísimo estudio de Zavala nos dice, pues, que, si en Canarias puede verse a menudo el embrión de soluciones jurídicas y sociales indianas, los desarrollos posteriores fueron marcadamente diversos, como diversas eran las circunstancias y las proporciones entre estos dos mundos.

E. SERRA

LEONCIO RODRÍGUEZ.—*La Laguna, ciudad de recuerdos*. Introducción de JOSÉ MANUEL GUIMERA. «Biblioteca Canaria», Santa Cruz de Tenerife, 1948.

Este evocador y grato libro de Leoncio Rodríguez ha nacido (como tantos libros) de la suma de trabajos periodísticos. El éxito de semejantes trabajos, la incitación de los amigos, los dimes y diretes, elogios o reproches impusieron al autor la necesidad de reunirlos en este libro que ahora nos brinda en su «Biblioteca Canaria».

Empieza el ya ilustre periodista por aludir a las reformas que él haría en La Laguna de haber sido concejal: cuidado de jardines, una calle para don Antonio Porlier, Marqués de Bajamar, un monumento al Padre Anchieta, un homenaje a Verdugo, un monumento a San Cristóbal, patrono de la Ciudad y del Automovilismo, a la entrada de la misma, aprovechando esa pilastra truncada que nos dejó el activo Padre Chacobo, la creación de un Jardín Canario, jardines en los campos de la futura Universidad, y alguna otra cosa.

Cuando escribo estas líneas dos de los deseos de Leoncio Rodríguez están ya cumplidos: el homenaje a Manuel Verdugo y la creación del Jardín Canario en Martiánez, sitio más a propósito, y al desvelado cuidado de ese asceta o místico de nuestra botánica que es Svensson Sventenius.

La obra de cualquier alcalde de la Ciudad que quiera servir a su pueblo se reduce, en realidad, a conservar por un lado y a impulsar obra nueva por otro, pero acaso a conservar bien y con sentido. Una política de jardines, en la que nos ha vencido el estupendo Adalberto Benítez en la capital, sería una gran política para La Laguna, y todavía quedan en ella hijos ilustres que plantar su pie en medio de las frondas... De bronce, de mármol u otra piedra.

Todos creíamos, con Leoncio Rodríguez, que antes que se acabara el edificio de la Universidad los jardines estarían ya crecidos, porque un jardín no se improvisa; pero desde que se le ha quitado toda perspectiva a la fachada principal con ese pegote del Colegio Mayor, que dan ganas de correrlo con la mano al pasar por él, yo desconfío mucho del buen sentido de gentes que debieran tenerlo. ¡Y qué pena da ver crecer una cosa mal hecha y sin remedio! Supongo que cundirá la torpeza y dejarán fabricar, por lo que debiera ser exclusiva Ciudad Universitaria, casas más o menos flamantes que hipotecarán dentro de un siglo una perspectiva que debiera ser sobria, sencilla, en medio de un paisaje que suspira ya por sus jardines. En fin..., ¡qué le vamos a hacer!

Y el presente lagunero abrió en el escritor el portalón melancólico de su pasado: los artistas muertos, Domínguez Guillén, Botas, Juan Pozuelo, Rafael Arocha y, tras de ellos, los recuerdos de su «niñez y mocedad». Evocados por la feliz y sensible pluma de Leoncio Rodríguez, se nos presentan en su Club de la Calle de la Carrera don Blas Cabrera Tophan, el Dr. Olivera, Suárez Núñez, Cándido Domínguez, Veremundo Cabrera, Juan Reyes Vega, el poeta Zerolo, y gentes más jóvenes como León Huerta, Arturo Vergara, Domingo Bello y tantos más. Y al lado de este Club la Peña de Joanico Zambrana. La figura popular y estimadísima de don Alonso Castro, adscrito a todo lo que La Laguna tuviera de preocupación musical; el fino humor de Joaquín Arocha; las figuras de don Mateo y don Silverio Alonso, las andanzas de Pícar y sus *Tiempos mejores*, con el prólogo de Pedreira, aquel de *Laguna, ciudad bravía*.

Nos lleva después el escritor de la mano de su pluma a su barrio, al 12 o 13 (él no se acuerda) de la entrada de La Laguna, frontera a la ermita de San Cristóbal, donde él nació. Parodiando a Galdós, su barrio es «el de los tristes destinos». Allí, al filo de la calle de Herradores (antes de los Mesones), quedó ensartado el cuerpo de un hombre como una mariposa cuando le entierran un

alfiler; piasosas manos levantaron una cruz y luego la actual capillita. Una obra de amor quiso suavizar lo que un minuto de rencor, de celos, ¡sabe Dios!, hizo en las esquinas del siglo XVIII.

El escritor recuerda su niñez, las buenas gentes con quienes convivió, su encuentro con don Leoncio Jordán, su primer empleo en el ayuntamiento, los tiempos iniciales del Viana, del teatrillo que es hoy un garaje, pero que albergó un día a la distinguida dama doña Guadalupe González de Mesa, como Reina de la Fiesta de los primeros Juegos Florales de las Islas, cuyo poeta premiado fue don Antonio Zerolo; la tradición musical de La Laguna y sus antiguos médicos completan la emocionada evocación que de sus años mozos ha hecho el periodista tinerfeño. Referencias a los amigos actuales del Ateneo lagunero completan un libro tan grato y sencillo. El primer artículo que lo forma lo leí en Madrid, y desde allí expresé al escritor mi desconformidad con una apreciación suya respecto a la generación vigente, la de los nacidos entre 1909 y 1923 (según el cómputo orteguiano, que no es de este lugar explicar), a la que pertenezco. Leoncio inserta en este libro mi intervención y su amable respuesta. Desde lejos, verse uno puesta en tela de juicio respecto a amor por su isla es cosa que desazona el ánimo. Lo probable es que el escritor y yo nos referíamos a cosas distintas, y por eso no coincidimos de momento. Él sabe de sobra que un hecho como el del Ateneo en 1909, un hecho que fué cuasi nuestro 98, no podía darse, ni lejamente, en nuestros tiempos; él sabe que nuestros tiempos están muy condicionados... Y por eso me pareció injusto. Pero a mí su nobleza me obliga, y en las zonas de la cordialidad y las rectas intenciones todos encuentran mi corazón.

A veces, preciso es confesarlo, en nuestro país se levantan muchos cultos emocionales. Cuando uno oye que don Zutano o don Mengano fué una maravilla de persona o que valía mucho, uno se pregunta cuáles son las obras de don Zutano o de don Mengano. ¿Qué libros ha escrito? ¿Qué fundaciones ha hecho? Si fué rico, ¿a quién protegió? Si fué patriota, como se dice, ¿a quién ayudó?, ¿qué instituciones ha dejado? ¿Ha habido aquí un doctor Chil, que ha hecho posible un Museo Canario? Y en ocasiones nos encontramos que don Fulano o don Zutano era una persona simpática, buen abogado o médico; pero nada más. Y que conste que soy sumamente sensible al valor humano de las personas, que me prenda más una persona humanamente valiosa de alma que no un sesudo intelectual o virtuoso artista; pero ya que nos referimos a valores del país, la justicia exige aquilatar un poco.

La hoja de méritos de Leoncio Rodríguez es, en cambio, una hoja valiosa. No necesitó emprender la aventura de Indias, que decía Tanco del Fregenal, es decir, la aventura de América, para hacerse un hombre de positivo mérito y mediana fortuna. A su claro

talento, a su cazurro conocimiento de sus conciudadanos (¡cuánto sabe Leoncio Rodríguez de sus gentes, de esa con la que hay que jugarse los dineros...!) debe el gran escritor su personalidad. Soltó desde la mocedad su empleo modesto del ayuntamiento lagunero; lo arrastró el periodismo; trabajó con Guillermo Perera en empresas juveniles: «El Noticiero Canario», «El Heraldo de La Laguna», aparecido en 1903 y dirigido por él, los periódicos de don Mateo Alonso y de don Patricio Estévanez, donde él se curtió en el periodístico batallar, y después esa ejemplar obra de «La Prensa» (1910-1938), hija valiosa de sus desvelos. Los números extraordinarios a las islas, a los pueblos, a las generaciones pasadas, a los canarios en América integrarían sabrosos volúmenes. Luego una copiosa labor editorial con las «Publicaciones de *La Prensa*»: novelas cortas y largas, libros de versos, reportajes de diferentes autores que Leoncio Rodríguez editó y, por último, esa «Biblioteca Canaria», que tanto me ha sulfurado, la verdad, porque Leoncio, por ser periodista de su pueblo, corta aquí y allá, cercenando lo que le parece en las ediciones antiguas, por creerlo «más periodístico», con lo que a mí me llevan los diablillos...

Y si de esta labor editorial, con sus lunares, desde luego (¿quiénes no tenemos lunares?), pasamos a la suya de autor, nos encontramos una bibliografía nutrida: *Cuentos canarios* del entonces Luis Roger tengo regalados por mano amiga y cortados del folletín de «El Noticiero»; después *Tenerife*, 1916; *Plataneras*, 1933; *Los árboles históricos*, primer volumen; *Los árboles históricos*, 1946, segundo volumen; *Estampas tinerfeñas*, 1940; *Lances y aventuras del Vizconde de Buen Paso*, 1947; *Epistolario íntimo*, 1948 y el presente que reseñamos. A su obra teatral habría que añadir *Ajijides*, que ignoro si se ha publicado. Es posible que haya omitido alguna obra más, sin contar los numerosos prólogos a diversos libros. Si personas de positivo mérito y laboriosidad hay entre nosotros, Leoncio Rodríguez, sin lugar a dudas, está en la plana mayor. Limpio y merecido se ha ganado por puños el adjetivo de ilustre.

María Rosa ALONSO

PABLO ARTILES.—*Luz y leyenda*. Tip. La Luz, Gran Canaria, 1948.

De nuevo nos ofrece don Pablo Artiles un libro que sumar a su bibliografía. En *Luz y leyenda* ha yuxtapuesto al nervio histórico sobre la ermita de la Luz sus dotes literarias e imaginativas.

Consta el libro de tres partes: la primera, titulada *La primera misa*, se refiere al lugar donde el deán Bermúdez dijo la primera

misa de que se tiene noticia histórica en Gran Canaria, aquella alegre mañana de San Juan de 1478, que cantó Viana en sus endecasílabos sueltos.

Como los datos históricos con que contaba el autor se reducían a citas textuales y algún documento que le hubiera dado materia para un artículo histórico o, a lo sumo, una monografía más extensa, para lograr un libro, el señor Artiles se ha visto forzado a «hinchar el perro», como se dice en argot periodístico: se ha remontado, pues, a la repulsa que a los lanzaroteños mereció Diego de Herrera, primero; luego, a la llegada a Gran Canaria del capitán Rejón y el deán Bermúdez, quizá con exceso de lirismo vulgar. Cita el testimonio de Wölfel para defender el alto puesto y papel de la Iglesia en la evangelización de la isla y, de paso, incita a algún seminarista a que escriba una Historia de la Iglesia de Canarias y a los señores párrocos a que velen por el pasado de sus iglesias, lo que nos parece muy bien. De párrocos celosos de ese menester podríamos citar varios ejemplos dignos de todo encomio.

Reúne luego textos históricos sobre el desembarco de los españoles en Gran Canaria: Anónimo de La Laguna, Escudero, Sedeño, Abreu Galindo, Sosa, Marín, Castillo y Viera. El autor cree que el *Anónimo lagunero* es la crónica más antigua conocida; pero ya Millares Carlo publicó en 1935 la hoy llamada *Crónica Matritense* («El Museo Canario», núm. 5, enero-abril de 1935), de mayor antigüedad que la de La Laguna. En términos parecidos al *Lacunense* se expresa el *Matritense* (seguido por aquél) sobre la llegada de Rejón y Bermúdez. El autor echa su imaginación al vuelo y piensa que, a la vista de los españoles, los naturales canarios dirían algo parecido a los guanches tinerfeños, según Viana, y, por mucha fantasía que se permita a un relato de esta índole, si los naturales tenían en parte algún conocimiento de los cristianos por evangelizaciones parciales previas, no se quedarían tan absortos ante la cruz, como el sigüñe vianesco...

La segunda parte se refiere a *La ermita*. Ella recuerda el sitio donde Bermúdez dijo la primera misa de luz a la Virgen de Guía, que a feliz término había llevado a los conquistadores; parece ser que la primera advocación fué la de la Virgen de Guía (de la que hay topónimos en Gran Canaria y Tenerife), pues era la guía o faro de gentes que navegaban. Más tarde se alteró por la del Rosario, hasta hoy.

El autor advierte que la victoria sobre el inglés Drake se celebró el día 6 de octubre de 1595, sábado y víspera del Rosario, y conjetura que la ermita pudieron haberla destruido luego los holandeses en 1599, y que más tarde se reedificaría. La festividad actual de la Luz o Naval se celebra el sábado siguiente al primer domingo de octubre o *sábado naval*. El señor Artiles examina los da-

tos históricos que le permiten esclarecer el origen del nombre de la Luz y de Naval, y casi cada dato es un capítulo de exégesis literaria, porque asegura que su libro es «más de ilusión que de realidades; es decir, de sentimientos que de inteligencia: no se pida rastrear la tierra sin levantar alas» (pág. 109).

La ermita de La Luz aparece citada como tal en 1737 en las *Sinodales* de Dávila; Sosa dice que el Puerto se llama de la Luz por la ermita, y sabido es que Sosa escribe en 1678; un documento o partida número uno de la hoy Parroquia del Puerto (San Agustín) la cita en 1665; en los extractos que Viera hizo de los libros capitulares la encontró citada en 1637, época en que ya eran de tradición los festejos con la imagen de la Luz.

La última parte la dedica el señor Artiles a *La Naval. Luz* en verdad —dice— no es fiesta litúrgica, ni tiene fecha propia en el Calendario; más bien es título real y popular; la advocación auténtica es el Rosario. Pío V ordenó celebrar el Rosario en la primera dominica de octubre, «por la gloriosa victoria de una batalla naval», la de Lepanto, el 7 de octubre de 1571; fué un 6 de octubre la batalla naval ganada por los canarios a Drake, quien desapareció el día 7 de la isla con sus naves; fué ésta la gran naval de los isleños, a la que se asociaría la otra naval nacional de Lepanto. Documentos examinados por el autor en el Archivo Histórico Nacional llevan la fecha de la Naval como festividad a 1695, y como fiesta de soldados figura ya en 1605, pocos años después de la naval insular. Para la cuestión del nombre de La Luz promete el autor otro libro. Citas y textos de Cairasco y Lope y profusa literatura condimentan el libro *Luz y leyenda*, gratamente presentado y con el que el entusiasta admirador de las tradiciones de su isla que es el señor Artiles ha escrito un libro sencillo y fervoroso.

M. R. A.

ROQUE MORERA.—*Los cuentos famosos de Pepe Monagas*. Los saca en papeles—. Llevan un prólogo de don SIMÓN BENÍTEZ. La portada y las viñetas son del pintor FELO MONZÓN. Madrid, 1948, 158 págs. en 4.º menor

Sobre el humor isleño escribió hace unos años un ensayo el poeta Ángel Johan, gallego avencindado en Las Palmas y que me parece no vive ya allí, si bien no lo sé con exactitud. Unas claras páginas sobre la *caída*, cumbre de la gracia regional, sin demasiadas citas ni esoterismo, vendrían bien, si los ensayistas no estuvieran tan escasos entre nosotros.

El saludísimo escritor Francisco Guerra, que, con el seudónimo de Roque Morera (nombre auténtico de un famoso poeta que vivió en la segunda mitad del siglo pasado en Las Palmas), nos divirtió tantas veces cuando redactaba «Canarias Deportiva», ha reunido los cuentos de Pepe Monagas en un bien cortado volumen, impreso en Madrid y con gratas ilustraciones de Felo Monzón.

Don Simón Benítez, en un sabroso y atinado prólogo, nos advierte cómo salió Pepe Monagas de la entraña misma del pueblo canario, de allí del Risco *él* —¿oyó?—, presentido en la vieja gracia de los Millares Cubas, pero hecho y derecho hombre de humor gracias a las de su padre Paco Guerra, al que he venido a conocer personalmente en Madrid.

Cuando nada sabía yo de Pepe Monagas, me creí que era éste un señor muy simpático, de carne y hueso, al que oí contar con una sombra impresionante varias anécdotas canarias en un espectáculo organizado por Paquita Mesa en Las Palmas, al que asistí en una de mis estancias en aquella ciudad, cuando iba a mortificar a las criaturas que se examinaban de reválida de bachillerato.

Pepe Monagas es la encarnación del humor isleño, sujeto folklórico, truhanesco y pícaro de corto circuito, de gracia demasiado particular y cercana como para no tener nada que ver ni con la picaresca ni con Silvestre Paradox. Pepe Monagas es el hombre de las fiestas, del temple o del requinto, de las *jumaceras* de media noche *p'al día*, vela de todo entierro o duelo, pimienta y ajo de todo velorio, acento jocundo para el señorío averiado y ridículo y, si se tercia, fantasma celestinesco *por mor de unos duros*.

Creado el personaje como suma de todo lo que es donaire y gracia específica, la sabia pluma de Francisco Guerra hace con él la mayoría de las veces auténtica eclosión de un estilo que podemos llamar barroco de rasantes, arrancado y simpático, brujo, como el mismísimo perrete. Hay que poseer buenos adarmes de *ley* y de *estilo* canario para entender esta religión de la gracia isleña, este hondo misterio de la *caída* que, gestada en la morosidad del contar, estalla y nace con la explosión rápida del cohete vistoso verbenero. De la misma manera que para entender la poesía auténtica de este medio siglo XX, o su arte, hay que tener una conformación especial no revelada a todos —porque el misterio es siempre rito de iniciados—, así las armonías auténticas de nuestros cantos populares no les están reveladas a todos, dígame lo que se quiera, ni las delicias de la gracia isleña provocan esa cascada de bendición divina que es la risa, que tampoco la prodiga Dios a todas sus criaturas. Quiérase o no, gústenos o no, hay, ha habido y habrá siempre clases...

De aquí la dificultad de hacer entender en qué consiste la fortuna graciosa de esta *creatura* de Francisco Guerra, Pepe Mona-

gas, que en Tenerife sólo tiene en su género la taimada ocurrente que es Seña María, la del gracioso y popular Nijota. Francisco Guerra maneja el léxico de su isla como nadie, y el dialectólogo de Gran Canaria no puede menos que frecuentar una prosa tan rica no sólo en léxico, sino en giros, en formas lingüísticas cargadas de intencionalidad que hacen, por ello, una semántica específica de la isla redonda, distinta de la de las otras islas, aunque tenga y afecte muchas semejanzas con ellas. Guerra no abandona su personal decir—que alguna vez nos recuerda la salomónica prosa de Néstor Álamo— ni cuando hace hablar a sus personajes, ni cuando cuenta él o narra directamente, ni siquiera cuando indica la distribución escénica de algún cuadro representable. Enreda sus medios expresivos con tal fortuna, que la psicología de los tipos resalta lo mismo en lo que ellos dicen que en el comentario personal del escritor. Algunas veces la metáfora ornamenta la relación: «Se cuajó el silencio como un cacharro de leche cortada» (pág. 21). «Una isa majadera trabó de beso y ya no se fué hasta morir en las orillas del alba» (pág. 152).

Hay muchas veces en el aire de una época personas, hechos, circunstancias que sólo esperan la fortuna de un ser que sepa darles corporeidad. A esa jocunda gracia que andaba por ahí, por Vegueta, por las plazuelas, por las calmosas parsimonias de los *maúros*, por el Risco, la cazó felizmente Francisco Guerra, y ese día nació para regocijo de a los que Dios nos dió alma para reírnos el inefable Pepe Monagas.

M. R. A.

PEDRO PERDOMO ACEDO.—*Ave breve*. Halcón, Colección de Poesía, núm. 13, Valladolid, 1948.

Áspero y ceñudo el gesto, esquivo el ademán, el poeta Pedro Perdomo Acedo apenas si deja entrever esa honda zona cálida y cordial que es en él callado manantial, que no surtidor sonoro. No sabría explicar qué asperezas de acantilado me lo hicieron difícil en días ya idos; luego vi mejor, para fortuna mía, las ocultas —u ocultadas— vetas de su alma fina y entrañable. Seco, serio (como lo ha captado con precisión Manuel Millares en su retrato), dignamente viril, Pedro Perdomo es un típico ejemplar de isloteño, no sé si a la postre, como todos, soñando «con el sueño del Infinito».

Poéticamente Pedro Perdomo es fiel a buen sector de su generación, la de los hombres que nacieron a fin de siglo, y este su delicado libro, aunque tardío, está bajo el signo de la poesía pura a lo Salinas y Guillén (Salinas, sobre todo). De espaldas él a la tradición sensorial de los poetas de Las Palmas, Perdomo apenas si brin-

da escasísima muestra de poeta canario. Desnudo el verso de todo ropaje colorista, abandonada voluntariamente la rima, e incluso el ritmo bastantes ocasiones, el poeta nos da una poesía trabajada, con más imágenes que metáforas, una poesía (baladas casi todas) unida por la constante de un amor decantado, permanentemente, esencial: la voz a él debida, que son estas puras canciones de *Ave breve*, susurro alígero hasta en la fonética del título.

El amor (a veces a Dios y a su madre), razón del cantar poético de Pedro Perdomo, es ave que enardeció su voz. A veces cobra dramática hondura, como en la mínima y estupenda *Balada de la angustia*:

*Lo evidente se hace música:
arroyo, flor, trino, día,
Dios, espesura...*

*¡Y tu alma es sorda
y tu palabra es muda!*

Para el catador de tópicos literarios, hallar una composición como *Balada de la rosa bermeja* es grata sorpresa. Perdomo Acedo continúa el tema de la *puniceae rosae* horaciana y ausoniana que reaparece en el Renacimiento, cobra acentos propios en nuestros barrocos, específicos en Juana Inés de la Cruz, rebrota en los románticos y aún en los tiempos de Mallarmé y Maragall.

*No advertí que la presencia de la rosa es la vejez de la rosa
y la mata un suspiro enamorado, o el estrecharla convulsiva-
[mente contra el pecho.*

A veces no sé si alguna errata explicaría versos tan flojos como: *hinche el covanillo del aire* (pág. 12), *que sofocaste nuestro hermoso siniestro* (pág. 41), *confusamente va descantillando mi voluntad* (pág. 45), y acaso alguno más. A cambio, este de exacta nitidez: *ve transparentes viernes repintados de olvido* (pág. 23).

Por las riberas de la voz a ese amor debida tuerce la melancolía, viril y puramente presionada, sus ensueños idos:

*Nunca fué mío el dulce sol perfecto;
lo que nunca fué mío me ha dejado.*

Delicado encanto de la *Balada a la guagua*. Feliz concesión al ritmo en la ajustada y melancólica *Balada del huésped eterno*. Con todo, yo prefiero por ahora la hermosa *Balada nostálgica*. La he entresacado como preciada mariposa para una futura *Antología poética* que preparo:

¿Qué confidente oído,
 urna de tu secreto,
 elegirá tu ausencia;
 qué frontera del humo de tu canto
 —verdor vicioso tras oscuro invierno—
 ha de flotar tan alta,
 que gane al sol desengañado lecho?

La poesía de *Ave breve* se enmarca y sostiene en un tono de altura y gran dignidad poética. Fruto y voz de madurez ha ganado en su plenitud de otoño lo que pudo haber perdido por temprana primavera agraz.

María Rosa ALONSO

PEDRO CULLEN DEL CASTILLO.—*Don Quijote en Fuerteventura*. Tip. Alzola, Las Palmas de Gran Canaria, 1948.

Debida a la capacidad organizadora del inquieto y vigilante Ignacio Quintana, se organizó en Las Palmas una semana cervantina, con motivo de la celebración del centenario del nacimiento de Cervantes, que, si bien resultaba un tanto retrasada (de octubre de 1947 a febrero de 1948), no afectó ello a la eficacia y éxito de los actos celebrados en el Salón Dorado del Excmo. Ayuntamiento de Las Palmas, por el que desfilaron las personas de mayor relieve en la vida cultural de aquella ciudad.

La conferencia de Pedro Cullen (crucificado por esa obligación que es siempre un acto de circunstancias) fué una glosa a grandes rasgos del contenido general del Quijote, interpretado desde el punto de vista del comentario o exégesis de Unamuno, tan conocido, que amenaza bordear ya las márgenes del tópico. Después del hermoso comentario unamuniano, todos hemos sentido malquerencia por los Duques, por Sansón Carrasco y por todo lo que no sea exaltación a la ejemplar locura quijotesca, cuyo símbolo se ha ido gestando a través de las generaciones hispánicas, hasta dar como resultante el gran tipo universal que hoy representa.

Don Miguel de Unamuno encontró su señor en don Quijote, cuando acabó de entender el sentido que la creación cervantina adquirió después de la tragedia colonial del 98. Al famoso «¡Mueran don Quijote!», sucedió la mayor apoteosis que haya podido tributarse al hoy gran mito hispánico, por su mismo detractor de las mocedades. Conforme a la interpretación unamuniana, ve Pedro Cullen en todos los agonizados: Quevedo, el P. Isla, Forner, Cadalso, Jovellanos, Larra Ganivet, Menéndez Pelayo, representan-



tes del quijotismo, si bien es verdad que algún reparo podríamos hacer a esta lista; pero ello nos llevaría lejos, y no creo tampoco que Pedro Cullen pretendiera otra cosa que dar unos cuantos ejemplos, sin más.

Don Quijote en Fuerteventura es, pues, el propio Unamuno, que encontró en la isla por él llamada esqueleto la llanura manchega trasmutada en llanura marina; un paisaje bíblico o evangélico; semejante al castellano; algún molino, como en aquellas tierras; pero conviene añadir que no pasa el alma de Caín, ni el hombre malo que ve Antonio Machado en el campesino de Castilla, sino el buen hombre sufrido, entero, sencillo y gran señor en su miseria que es el fuerteventuroso hijo de la antigua Erbania. Don Miguel de Unamuno (que acaso terminará por llegar a ser un gran mito) vió en ella la ínsula Barataria, y prometió a sus amigos escribir un libro que se llamase *Don Quijote en Fuerteventura*. Hermosas crónicas de la isla y el desigual libro *De Fuerteventura a París* dedicó el genial escritor a la humilde gran peña atlántica, cuyo nombre va aparejado siempre al de Unamuno. Don Miguel recreó una Fuerteventura literaria, e intuyó, con su enorme talento y su visión noventayochesca del paisaje castellano y del Dios ibero, la enorme fuerza lírica de unas tierras secas de palmeras sin sombra. Nos metió en el alma el valor de un paisaje sustantivo, sin accidentes; después de él nos conmueven todos los *sures* de nuestras Islas: el cardón, la tabaiba, el camello, la tierra torcida de sed. El canario ha integrado un paisaje bifrontal, gracias a la sugestión religiosa que el amor unamuniano por Fuerteventura supuso. Y ahora nuestro corazón está al norte húmedo, artificial y un poco céltico; y al sur, sediento, africano y de pelado desierto.

Pedro Cullen, afincado a Fuerteventura, o creo que hijo de ella, quiso destacar la contribución de Unamuno a su isla y de su isla a Unamuno. Con discreción ha logrado su empeño en unas páginas a las que la anarquía de los cajistas o correctores les volteó acentos y comas, que cayeron donde Dios quiso.

M. R. A.

LEONCIO RODRÍGUEZ.—*Epistolario íntimo (Cartas a otras tantas amistades de mi devoción y simpatía)*. «Biblioteca Canaria», Santa Cruz de Tenerife, 1948.

Me parece que ya he escrito en alguna parte que el género epistolar es en nuestros días escasamente cultivado. Con esa prisa angustiada que tienen las gentes, ni la buena conversación ni la ágil y decantada misiva pueden florecer como en tiempos cómodos y serenos. Hoy impera un rápido y a veces absurdo estilo oficinesco,

hasta para las cartas íntimas. De tal manera la prosa de la oficina ha invadido altas zonas interiores, que más de una vez todos habremos recibido una carta que, sin tener nada que ver con un oficio o minuta, pone debajo un garabato y después, a máquina: firmado, Fulanito de Tal... A mí, personalmente, me producen una rara impresión estos Fulanitos de Tal. Yo no he entrado por el oficinismo epistolar y pongo mis letritas claras, legibles, corteses.

En una vigilada selección nos da Leoncio Rodríguez un ramillete de cartas escritas por él a sus amigos, o escritas por sus amigos a él: muy campechana, la de don Patricio Estévanez, y de valor desigual, las de don Antonio Zerolo, Sanabria, Rodríguez Moure, Gil Roldán, González Díaz, don José Mesa López, José Aguiar, Antonio Rumeu y Ángel Guerra; muchas de estas cartas son acuse de recibo a obra del escritor tinerfeño y expresión de justos plácemes por el mérito de la misma.

Versos de Nijota y de Manuel Verdugo integran el homenaje al gran periodista tinerfeño.

Jugosas, sencillas, emotivas, las cartas de Leoncio acaso están pensadas para la publicidad. Me equivoqué al creer a Leoncio Rodríguez un despreocupado de su archivo y del borrador o copia. Una carta, para mí (cuando la recibo), es un documento privado y jamás hago uso de ella, si no se me autoriza. Con recomendada reserva guardé celosamente una, saladísima y sagazmente escrita, que en 1944 me envió el periodista. ¡Cuál no sería mi asombro en Madrid cuando la encontré publicada en el libro que ahora anoto, a los cuatro años! Los temores habían sido vencidos, porque no en vano el tiempo corre... Y me he alegrado de ello, porque la carta es muy buena, si bien Leoncio se tomó «en serio» eso de que yo iba a escribir mis memorias... ¿No sabe usted, amigo Leoncio, que yo, tacorontera y tamaida al fin de cuentas, tengo también mis buenas dosis de humorismo?

Cartas a Manuel González de Aledo, a Davó, Juan Álvarez Delgado, don Agustín Cabrera y Víctor Núñez, contando la escrita a mí, componen este *Epistolario* de Leoncio Rodríguez. Lo inicia a modo de prólogo la carta con que felicitó a nuestro querido obispo don Domingo Pérez Cáceres, cuya noble y sencilla respuesta cierra a manera de epílogo este relicario de intimidades, que el autor explicita en un gesto cordial y efusivo. En el buen lector gustoso del detalle quedará la firme y sentimental pincelada de aquella noche de «luna sobre un mar en calma, sereno y bruñido como un espejo». Caía la maravilla de aquella gracia frente a la Baranda del Sauzal, y venía entre las huestes de don Benito nuestro actual Obispo, y él interpretó detrás de la delicia un pródigo mensaje de la Divinidad... Uno de nuestros más exquisitos prosistas pudo escribir una vez que «Dios habla a la Isla de noche».

Leoncio Rodríguez, que no es hombre de estos tiempos precipitados, puede escribir buenas cartas y dejar copia de ellas; puede reunir las y ofrecérnoslas un día como el de hoy en ese emotivo y sencillo *Epistolario íntimo*.

María Rosa ALONSO

ANDRÉS DE ARROYO.—*Teobaldo Pówer, verbo inmortal del alma canaria*. Imp. Herreros, Puerto de la Cruz, 1948.

Contribución al brillante centenario de Pówer es la publicación del discurso que don Andrés de Arroyo pronunció el día 15 de agosto de 1948, día de la patrona del Puerto de la Cruz, en el acto del descubrimiento de la lápida con que se quiso perpetuar la memoria del músico canario.

El padre de Teobaldo, don Roberto, es sabido que era del Puerto de la Cruz, así como otros familiares; al señor Arroyo gustó de referirse a varias ramas del árbol Pówer y colaterales, que cuenta hoy distinguidos representantes; alude a la fusión de extranjeros con nativos, tan específica de nuestras Islas, y del Puerto sobre todo, e inserta la breve composición con la que Victorina Bridoux celebra la futura gloria del niño artista, de la que me ocupé en mi libro sobre la poetisa.

La cálida palabra del señor Arroyo, correspondiente de la Academia de la Historia y destacado hijo del Puerto, tributó a la familia Pówer y al músico un encendido homenaje de amor a la tierra, que sus auténticos hijos acogeremos siempre con toda clase de plácemes.

M. R. A.

NOTA IMPORTANTE.—*Motivos profesionales me han obligado a ausentarme de las Islas y de mis tareas de impenitente lectora de obras de canarios. Gran cantidad de ellas aguardan el que me sea posible leerlas y anotarlas. Creo con esto contestar a algunas preguntas que varios autores me han hecho. Termino en este número de reseñar las editadas en 1948; las aparecidas en 1949 serán objeto de mi atención en próximos números, y luego las que han visto la luz en 1950. Es ésta una ingrata labor, en la que no se gana otra cosa que algún desplante del autor, si la reseña no sale a su gusto, y por eso se brindan pocos a ayudarme. Con paciencia de los autores, procuraré poner al día estas recensiones.*

M. R. A.